CASIMODO

Buenos Aires, 2.ª decena de Mayo de 1921

Robert Smillie: Una de las Figuras más Nobles del Drama Social de Hoy.
Lloyd George: ¿A dónde irá a Caer?
Dos Madres - Dos Morales, por Julio R. Barcos.
La Impasibilidad de un Repórter, por Nemesio Ganales.
Impresiones de Linares Rivas y Zamacois sobre el Dictador de Venezuela.
Cómo el Capitalismo Reduce la Producción, por Alfredo Baker Lewis.

A nuestros agentes y suscritores

Rogámosles envíen desde hoy en adelante sus giros y correspondencia al nombre impersonal del Administrador de "CUASIMODO" Cangallo 3047.

CUASIMODO en el exterior

Las personas que quieran encargarse de la venta de nuestra revista en los países del Continente, deben dirigirse al **Administrador de "CUASIMODO"**, enviando por anticipado el importe de sus pedidos, descontando el 30 o|o.

Serán inmediatamente atendidos.

Combinación aprovechable

Si usted nos envía, desde cualquier lugar de la República, $ 4, le remitiremos por seis meses, nuestra revista y además la reputada revista "INSURREXIT" que editan los estudiantes universitarios. Para el exterior, $ 2.50 oro.

Año II (2.ª época) Buenos Aires, 2.ª decena de Mayo de 1921 N.º 18

Quiosco "La Cosechera" Alfredo Endaga Venta de Diarios Revistas y Obras Teatrales Rosario Sta. Fé Cordoba esq. Gral. Mitre

CUASIMODO

REVISTA DECENAL

Editores: Julio R. Barcos y Nemesio Canales — *Dirección y Administración*: Cangallo 3047

Precio de suscripción: $ 3, semestre — Ejemplar: 20 centavos. — Atrasado: 40 centavos
Exterior: $ 4·50, semestre — Ejemplar: 30 centavos moneda argentina.

CRONIQUILLA INTERNACIONAL

Por NEMESIO CANALES

Cambio de cinta

En la pasada decena comenzamos nuestra croniquilla con las reparaciones. Las reparaciones eran el tema del día, el asunto que ocupaba las columnas, de cal y canto, de la prensa matinal.

Pero al asunto de las reparaciones le ha salido una posdata que lleva trazas de ser más larga que la carta. ¿Cómo se llama esta posdata? La cuestión de la Alta Silesia, película de más movimiento que la anterior. Hace en ella de héroe un tal Korfanty, quien, aburrido de esperar que la región silesiana se le entregase graciosamente a Polonia, como era de esperarse después de un plebiscito en que le había tocado a Alemania, sacó el sable y echó por la calle de enmedio, resuelto a no dejar titere con cabeza hasta no salirse con la suya: todo a estilo polaco.

Francia, o aquella parte de Francia que usa casco fochiano, sucesor del casco prusiano, miraba complacida la barrabasada polaca (sabia combinación elaborada por la diplomacia de ambas naciones, madrina y ahijada, para reirse del plebiscito, adjudicándole a Alemania los votos y a Polonia la tierra), y mientras los italianos de la Misión interaliada, no queriendo ser cómplices del desaguisado korfantiano, caían bajo las balas polacas, y los ingleses hacian causa común con los italianos, los soldados franceses fraternizaban con las hordas polacas y hasta sus mismos generales alentaban abiertamente a los autores del golpe de mano.

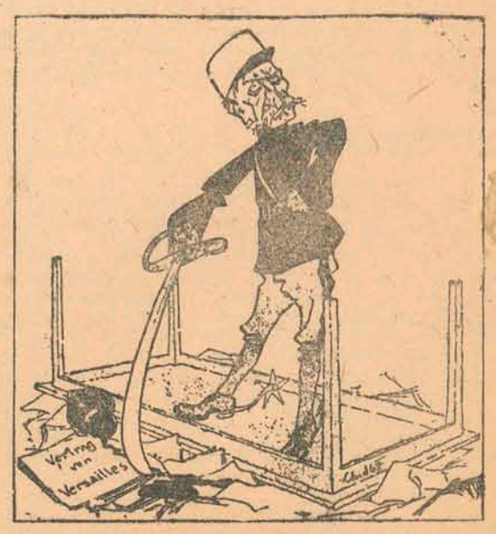
Así iban las cosas... cuando he aquí que aparece un nuevo personaje en escena. Es nuestro conocido y admirado acróbata inglés, el gran Lloyd George. ¿Qué hace Lloyd George? Se va derechito a la Cámara de los Comunes y allí, ¡oh sorpresa!, condena como una odiosa fechoría el golpe franco-polaco y dice ¡horror! que hay que jugar limpio con Alemania y que si el tratado de Versalles se ha aplicado en contra de ésta, no sería decente dejarlo de aplicar en lo que la favorece.

Y no bien hubo acabado Lloyd George su catilinaria, los diarios franceses, que hasta ayer mismo se habían pasado los días y las noches cantándoles las más ditirámbicas loas a él y a Briand, cuando ambos cofrades se juraron amor eterno al pie del ultimátum contra Alemania, prorrumpieron a coro en las más envenenadas diatribas contra nuestro hombre, llamándole desde «traidor» hasta «germanófilo». ¿Germanófilo? Sí, señores; así como suena. Si dudáis, a «La Prensa» de ayer, 15 de Mayo, me remito. Era cuanto nos faltaba que ver en este mundo loco que siguió a la guerra: ¡Lloyd George calificado de germanófilo! ¿Verdad que es gracioso? Pero así es, así ha sido y así será siempre, por los siglos de los siglos, el mundo monstruoso del capitalismo. Inconsecuente, impulsivo, atrabiliario, feroz, dispuesto a condenar hoy lo que ensalzó ayer, sin otro instinto propulsor que la gula. ¿Cómo va a ser de otro modo, si no tiene otra filosofía, otra norma que ajuste el ritmo de sus actos, que la del lucro particular, el beneficio de cada uno para cada uno? ¿Qué otros frutos puede dar esta filosofía de gorilas que los que está dando?

Por un momento les véis unidos, abrazados estrechamente, en la más íntima y edificante comunión de pensamiento. Y os parece que aquello es la paz. Pero ¡ay! no es la paz. Es simplemente una reunión de lobos que están en acecho de algo que comer, de algo que repartirse. Pero aquel mismo apetito que los une un momento los desune un momento después. Basta que sobrevenga un incidente cualquiera que encienda la chispa de los recelos — latente siempre allí donde no hay otra cosa que hocico y mandíbulas — para que el aparente concierto de voluntades suceda un concierto de gruñidos... y a Dios que reparta suerte.

¿Se romperá la Entente? — se pregunta alarmadísimo un corresponsal. Claro que sí, señor; claro que sí. Si no se rompe hoy, lunes, por culpa de Korfanty, se romperá mañana, martes, por culpa de cualquiera otro. No es necesario ser profeta para ver que el imperialismo francés, aquejado por la loca ambición de salvar su vida agonizante mediante una transfusión de la poca sangre que aún le queda a Alemania, no puede seguir ni un día más arrastrando en su vertiginoso correr de fiera herida al imperialismo inglés. Los dos imperialismos tienen hoy intereses contrapuestos. Al francés le conviene que haya ca-

LA CARICATURA MUNDIAL



Al fin de las discusiones (Del «*Kladderadatsch*», Berlín).

morras incesantes en Europa para hacer de Pepe el Tranquilo, y, con ayuda de Polonia, no dejar mina que no haga suya. Al inglés, por lo contrario, le conviene una Europa pacificada con la cual comerciar, pues sólo así podrá dedicarse, ya sin lios y revueltas exteriores, a hacer frente a sus lios y revueltas interiores, y, sobre todo, a buscarles donde ganar un bocado a sus innumerables trabajadores sin empleo.

Las últimas noticias

Las últimas noticias no son nada tranquilizadoras. Júzguese por este despacho que recorto de «La Razón»:

LONDRES, Mayo 16 (United). — Las más serias divergencias desde la firma del armisticio están surgiendo a causa del conflicto de Alta Silesia.

En «Downing Street» y en «Quai d'Orsay», Lloyd George y Briand exponen opiniones diametralmente opuestas. Tanto Francia como Inglaterra se hallan aferradas a políticas irreconciliables.

El afiebrado intercambio de correspondencia, indica la gravedad de la situación.

En los círculos oficiales de esta capital, se admite que la Gran Bretaña está aumentando sus sentimientos anti-polacos y que miró sin mayores comentarios los acontecimientos, cuando Pilsudski amenazó la paz de Europa, atacando a Rusia y Ukrania, simultáneamente. Además, se recuerda que Briand no actuó siquiera cuando Zeligowski tomó posesión de Vilna, y los funcionarios del ministerio de relaciones han declarado, enfáticamente, que un tercer «fait accompli» no sería tolerado tranquilamente.

Se hace notar que Korfanty ha presentado excusas inaceptables, para rechazar el desarme.

Pero... ¿habrá guerra?

No; no creo que la haya. Ni Francia ni Inglaterra están hoy en condiciones de irse a las manos. Francia tiene soldados, quizás, pero no tiene dinero. Inglaterra tendría el dinero, quizás, si se empeñase en ello, pero no tiene los hombres. Cualquiera de las dos, o las dos juntas, le dan un susto todavía a cualquiera nacioncilla de poco más o menos que convenga desplumar, pero ellas entre sí no pasarán por ahora de los gruñidos. Más tarde... puede ser, pero ahora no. Aún están convalecientes de la última.

Aunque, si bien se mira, no hay que estar del todo tranquilos. Porque hay una razón de peso, una razón tremenda para que sobrevenga esa guerra. Y es ésta: que la tal guerra ahora sería una insensatez. Y como estos gobiernos imperialistas no saben hacer más que insensateces... saque la consecuencia, usted, lector.

La próxima guerra

Y ahora que hablo de guerras. Un americano acaba de publicar un libro con ese título: «La próxima guerra». Mr. Irwin, que así se llama el americano, ha hecho un estudio concienzudo de todas las formas de guerra hasta hoy conocidas, desde las conquistas primitivas de pueblos pacíficos por hordas belicosas, hasta los programas, meticulosamente planeados, de *expansión* y *penetración* que suele poner en práctica el imperialismo capitalista de hoy: «La próxima guerra» — dice Mr. Irwin, — «será una guerra de tanques blindados y grandes bombas explosivas, de flotas de aeroplanos y bombas de gases que harán tales estragos, que hasta las matanzas de Verdun han de parecer, en comparación, como escaramuzas de flechas y hondas». Y luego viene una descripción de los efectos pavorosos de dos gases asfixiantes recién descubiertos. Leer este libro, y pensar que vivimos perennemente al borde de la guerra, porque sin la guerra no hay expansión comercial, y sin la expansión comercial no hay eso que llaman florecimiento de las industrias nacionales (o sea, florecimiento de los dueños de las industrias nacionales a expensas del enflaquecimiento de los demás habitantes del pueblo o nación) y sin el florecimiento de las industrias nacionales quedaría sin efecto la finalidad máxima del divino sistema capitalista... es para morir de espanto y de vergüenza. De espanto y de vergüenza de este mundo de pesadilla en que aún nos atrevemos a hablar de humanidad y de civilización.

La sensación del día

Pero... doblemos la hoja. Hablemos de cosas alegres. A ver, a ver qué hallamos en los cables de «La Razón», que tenemos a la vista. ¡Ah! sí; aquí está ya una nota de *sport*, de diversión. Leamos:

NUEVA YORK, Mayo 16 (Associated). — El campeón de box de Europa, Carlos Carpentier, llegó hoy a ésta, preparado para dar comienzo a su entrenamiento para el encuentro con el campeón del mundo, Jack Dempsey».

¡Qué! ¿No os alegráis? A estas horas hay millones, miles de millones de seres humanos en todo el mundo, electrizados de entusiasmo ante la sabrosa perspectiva de estos descoyuntantes bofetones. Ya desde hoy el mundo se podrá caer a pedazos sin que nadie se dé por enterado: todo cuanto ocurra es pequeño. Están en el proscenio Dempsey y Carpentier, y no hay ojos para nada más.

Es el *sport*, lector, el gran *sport*. Culto del dinero, culto del caballo, culto de la escopeta de caza, culto del bofetón. Todo es uno y lo mismo. Todo es ancestralismo, incultura, barbarie. Puro producto de la filosofía cavernaria de la vida que aún está en boga en parlamentos y universidades.

Sólo existe hoy un lugar en el mundo donde no tendrán eco los grandes bofetones de Dempsey y Carpentier. Ese lugar es Rusia. Y es que allí la filosofía que hace del hombre un medio, y de la propiedad una diosa famélica y feroz, y de las más puras relaciones humanas un comercio indecente, ha desaparecido, para dar paso a un nuevo concepto de la vida, que hace del hombre un fin, de la propiedad una esclava del hombre, y de las relaciones humanas un perenne y glorioso festín.

LA CARICATURA MUNDIAL

EN LA ALTA SILESIA

EL OBRERO POLACO: *Aunque te pegaras a esta tierra mía, no ya con dos manos, sino con cien manos, todavía te arrancaría para mandarte, con mochila y todo a Berlín».* (De «*Mucha*», Varsovia).

Figuras del proscenio

ROBERT SMILLIE: UNA DE LAS FIGURAS MAS NOBLES DEL DRAMA SOCIAL DE HOY

George Lansbury, director del ya famoso diario obrero de Londres «The Daily Herald», escribe acerca de él, con fecha reciente, lo que sigue:

«Robert Smillie ha renunciado su puesto de presidente de la Federación de Mineros de Inglaterra. Esta es una nueva muy mala, no sólo para los mineros, sino en general para el movimiento obrero y comunista en todo el mundo.

Cualesquiera que sean las causas que han dado lugar a su renuncia, — mala salud, la fatiga de los años, u otra razón semejante, — su salida en este momento es una pérdida tremenda. Se va en un instante en que el valor y estoicismo de su clase van a ser puestos a prueba de un modo nunca visto. Sería una suerte que los mineros pudieran reemplazarle con otro luchador de su talla, pues nunca como ahora se necesita en las avanzadas obreras hombres que no tengan miedo de decir en voz alta lo qué piensan y a quienes ni la adulación ni el ataque puedan desviar de su camino.

Nadie, — ni hombre ni mujer, — de nuestro tiempo ha servido a la clase obrera con más bizarría, y con una devoción más desinteresada por un gran ideal, que Robert Smillie.

La historia industrial de los últimos veinticinco años lleva el sello de su insuperable actuación. Desde la edad de catorce, hasta ahora que cuenta sesenta y dos años, ha sido siempre un obrero primero, en un astillero, luego bajo tierra en las minas, y finalmente sobre tierra, trabajando noche y día en el servicio, no de sí mismo, sino de la clase de donde salió. Tanto él como su esposa han vivido siempre satisfechos de permanecer *en* la clase obrera y *de* la clase obrera. Su casa, en Larkhall, no es ni más ni menos que una morada obrera: la pequeña casa de campo donde residían en los días de vacaciones, era una casa de campo obrera. No importa el salario que se le pagase, él seguía siendo lo que siempre había sido, uno de los trabajadores. Y es esto lo que a mi juicio le hace destacar como uno de los más grandes hombres de nuestra época; para él y para su esposa la clase de atmósfera que se impone a muchos de nosotros y que nos saca de las filas de la clase, carecía de todo atractivo.

El hecho de que como candidato al Parlamento fuese un completo fracaso, no dice nada en su contra, pues en estos días el entrar en el Parlamento significa mucha subordinación de sí mismo y de las ideas de uno acerca de la vida. Nadie se imagina por un momento que un candidato obrero, o un miembro obrero del Parlamento, no sea una persona digna, pero todos no somos de la misma madera, y Robert Smillie está hecho de la clase de material que no sabe de transacciones, ni de palabra ni obra... a menos que la transacción sea proclamada y que a todo el mundo se le haga entender la razón para la misma.

El deja ahora la Federación. Consigo se llevará la memoria del trabajo excelente que ha hecho y de los buenos deseos de todos los miembros de la Federación. Y para nosotros que estamos fuera y que le conocemos sólo como amigo y camarada, sólo nos queda rogar y esperar que tanto él como su buena esposa tengan aún muchos años que dar al servicio de la causa. De un modo o de otro, queremos seguir teniendo en él al *leader* e inspirador. Queremos que esté con nosotros y nos ayude, en estos días de prueba, a mantenernos firmes en la lucha por la verdad y la justicia.

Otras notas sobre Smillie

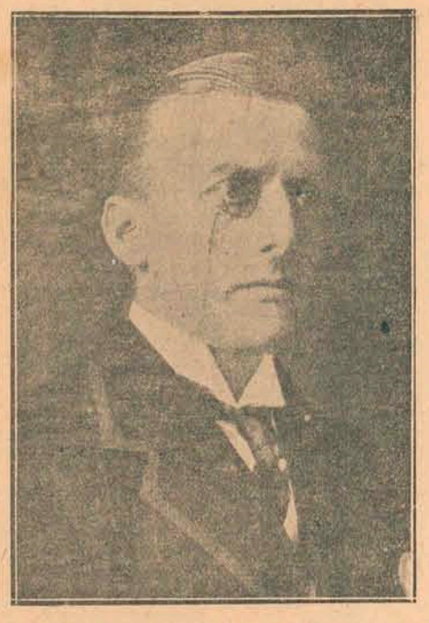
De una carta que el corresponsal del mismo periódico escribe desde Glasgow, sacamos otras noticias interesantes acerca del simpático caudillo. Dice el corresponsal: «Una de las razones que, según se dice, han influído en la decisión de Smillie al presentar su renuncia, es su deseo de no salir de Larkhall, la aldea minera donde ha venido residiendo por más de cuarenta años.

«Cuando aceptó el puesto de presidente permanente de la Federación, fué en la inteligencia de que viviría cerca de Londres. Esta cuestión ha vuelto a surgir ahora, debido a la frecuente necesidad de consultas personales. Smillie, sin embargo, prefiere permanecer en Larkhall.

«Aparte de esto, el *leader* de los mineros ha estado siempre demasiado abrumado de trabajo y desea descansar. El estaría contento con hallar una oportunidad de dedicarse a la jardinería, que le gusta mucho. El es también un lector incorregible y aspira a que se le deje en paz ahora para tener tiempo de leer su ya enorme colección de libros, pues nunca ha tenido tiempo bastante para esto, a causa de sus constantes y absorbentes ocupaciones. En su biblioteca figuran obras de William Morris, al estudio del cual espera dedicarse con preferencia.

LLOYD GEORGE: SU PECULIAR SITUACION POLITICA A CAUSA DE LA SALIDA DE BONAR LAW

(De «*The New Statesman*»).



MR. AUSTEN CHAMBERLAIN, *que ha sucedido a Bonan Law en la jefatura del Partido Unionista, el más conservador de Inglaterra.* (Léase a continuación el magnífico artículo acerca de Lloyd George, que reproducimos de «*The New Statesman*»).

La desaparición de Mr. Bonar Law, sea o no permanente, da lugar a una situación, en el mundo de la política inglesa, mucho más crítica de lo que muchos están inclinados a admitir. Los partidarios del gobierno se hallan naturalmente ansiosos de ponerle la mejor cara posible al asunto; al paso que la oposición se manifiesta algo indecisa, no atreviéndose a contar los pollos antes que hayan salido del cascarón. En el discurso que pronunció Mr. Austen Chamberlain, sucesor de Bonar Law en la jefatura del partido Unionista (el más conservador de los partidos ingleses. N. de R.), al notificársele oficialmente esta designación en el Club Carlton, se negó a hablar sobre el porvenir de los partidos. «Las tradiciones, — dijo, — de los dos grandes partidos ingleses, son necesarias en esta hora de grandes crisis». Sin duda, después de esta frase el orador se detuvo en espera de aplausos, pero como en la reseña de aquel acto que tenemos a la vista no se consigna nada al respecto, podemos inferir que, de todos modos, si hubo tales aplausos, éstos no fueron muy ruidosos. Y, en verdad, ¿por qué había de aplaudirse? En la actual coyuntura el rendirle tal homenaje verbal al principio de la Coalición, es más significativo que lo hubiera podido ser la ausencia de toda alusión al tema. Pues — como todo el mundo sabe, — la gran mayoría de los partidarios de Mr. Chamberlain ya no se sienten en manera alguna coalicionistas. Lo más chocante del caso es que Mr. Bonar Law era quizás el único coalicionista de corazón que había en el partido unionista... y se ha ido.

El «*Spectator*» traía, hace una semana, un artículo — evidentemente escrito antes que la noticia de la renuncia de Bonar Law se hiciera pública, — de un carácter algo alarmista con respecto a la situación actual del partido unionista. «El partido unionista, — declaraba, — está en una situación muy peligrosa. La sangre le viene siendo chupada por un Primer Ministro que no es unionista, y por un gobierno en el que la mayor parte de sus elementos más activos e importantes, o no son unionistas, o se hallan de tal manera bajo la sugestión del Primer Ministro, que no puede considerárseles ya como unionistas, sino más bien como *lloydgeorgistas*.

Su situación (la del partido), sólo puede calificarse como de una total servidumbre política».

El artículo en cuestión continuaba abogando por la reorganización del partido, «sobre bases de principios definidos, de modo que un hombre pueda consagrarle toda una vida de honrosa adhesión». El «*Spectator*» no puede, desde luego, ser considerado como un órgano representativo del unionismo. Pero no puede negarse que, en este asunto especial al menos, habla en nombre de una gran fracción, probablemente la mayoría, del partido unionista, que ha tenido gran satisfacción en hacer uso de los talentos de Mr. Lloyd George, pero que ahora tendría una satisfacción aún mayor en librarse de él, si se atreviera. Se ha especulado mucho en los círculos políticos durante los últimos meses a base de la tácita suposición de que Mr. Lloyd George puede — siempre y cuando se le antoje, — asumir la jefatura oficial del partido unionista. Pero los sucesos de la semana pasada han demostrado que esta presunción es por lo menos prematura. Puede que no esté fuera del alcance del Primer Ministro el ganar acceso al sagrado recinto del Club Carlton, pero es evidente que si él tiene la menor esperanza de ser recibido allí con la leal confianza debida a un jefe de partido, tendrá que dar alguna prueba mucho más convincente que todas las que ha dado ahora, — o que, en nuestra opinión, es probable que dé jamás, — de su propia fidelidad a los principios e intereses del conservatismo. Pues el partido unionista es, en realidad, una institución nacional muy antigua, que puede, de tiempo en tiempo, hacer uso de hombres como Mr. Lloyd George, pero que nunca rendirá, definitivamente, ni sus designios, ni su organización, a nadie a quien no haya hecho completamente suyo.

La situación es, por consiguiente, muy difícil. Con la ayuda del flexible y sinceramente devoto Mr. Bonar Law, Mr. Lloyd George bien hubiera podido obtener la jefatura virtual del partido unionista, con el control de la maquinaria de dicha organización por un buen número de años. Pero Mr. Chamberlain no es ni flexible ni devoto, y aunque quisiera no podría hacer el papel de su antecesor. Además, él ha entrado en las funciones de jefe en un momento en que la masa de sus partidarios está empezando a cansarse de lo que el «*Spectator*» llama su *servidumbre política*, y a recordar que posee una mayoría absoluta en ambas cámaras del parlamento, enteramente independiente del apoyo de sus aliados «liberales». Puede que Mr. Bonar Law los hubiera logrado persuadir de que no insistieran demasiado en su poder de *marcar el compás*, pero Mr. Chamberlain no tiene ni la influencia, ni siquiera la voluntad, quizás, de sucederle en tal gestión. Bien puede Mr. Lloyd George llorar la pérdida del que fué presidente de la Cámara, pues nunca ha habido un Primer Ministro que debiera tanto a un colega suyo como él a Bonar Law. Ha quedado como Sansón al perder su cabellera; sus cálculos le han fallado; tiene que renunciar a su puesto, o a su voluntad. Si no puede dominar a la mayoría que le mantiene en el poder — y es indudable que no podrá, — tiene que obedecer a ella. Es un dilema demasiado claro que a un hombre más pequeño le presentaría, quizás, muy poca dificultad. Pero es una virtud de Mr. Lloyd George el que sus sometimientos son siempre sometimientos verbales. Sea cualquiera la componenda o transacción a que condescienda, generalmente logra sacar a flote su independencia personal; y él posee cierta parcialidad intelectual que no sólo le mantiene aparte del unionismo, sino que le impide — salvo de una manera incidental y transitoria, — de llegar a ser instrumento de una política que no sea la suya.

En ese sentido, él es archi-contemporizador; en otro sentido, es incapaz de toda contemporización. El es un egoísta auténtico que ama el poder sólo en cuanto significa jefatura. Es fácil predecir que nunca dirigirá ningún partido al que no pueda dominar. Nosotros apenas podríamos, quizás, dispensarle un elogio mayor. Pero hoy está en una posición extraordinariamente poco envidiable, ya que su verdadera influencia con el partido unionista es nula. No nos sorprendería nada, por consiguiente, que se resolviera a proponer la disolución del coalicionismo y a retirarse temporalmente.

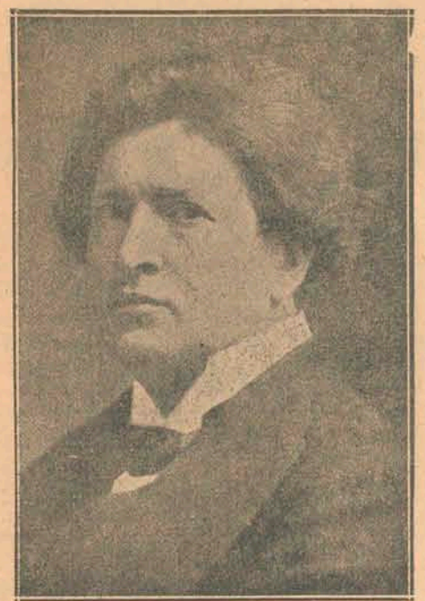
Sin embargo, la situación del partido unionista no es menos difícil. Ese es el hecho que introduce un elemento de duda en el conjunto de la situación. Mr. Lloyd George no puede nada sin la organización unionista; pero la organización unionista puede menos sin Lloyd George. Hay señales, sin embargo, de que los unionistas no se dan plena cuenta de esto. Su gran éxito en las últimas elecciones generales les ha cegado — al menos a la mayoría de ellos, — ante el hecho de que el conservatismo tradicional, como una fuerza política de Inglaterra, está muerto. Si se hiciera un llamamiento al país en el que Mr. Lloyd George tomara parte como un adversario activo del unionismo — en cooperación con los actuales partidos de oposición, o sin ella, — no creemos que habría un sólo centenar de unionistas en el próximo parlamento. El conservatismo como tal carece de todo influjo en los países democráticos del mundo. Aún estando las cosas como están, Inglaterra es el único país de Europa en que un partido conservador tiene siquiera ambiciones de subir al poder, y tan pronto como la cuestión se definiera, el conservatismo, aún en la misma Inglaterra, quedaría expuesto como la fuerza insignificante que en realidad es. Puede que haya porvenir para un partido *del centro*, pero es enteramente cierto que no existe ninguno para un partido conservador. Probablemente los directores del partido unionista se dan cuenta de esto, pero es evidente que la masa del partido no ha caído en ello, y es a la masa que le corresponderán las responsabilidades de una decisión inmediata. Ellos pueden decidirse a manejárselas sin Lloyd George... y en este caso, Dios los tenga de su mano. O bien, aunque parezca improbable, podrían tratar de conservar la Coalición... y en este caso la sentencia de muerte puede prorrogarse. Sin embargo, en cualquiera de los dos casos el partido laborista será el ganancioso. Con toda probabilidad habrá más de 200 diputados laboristas en el próximo parlamento. A algunos podrá parecerles extravagante esta predicción, pero otros la consideran como la cosa más natural. El mundo de la política tiende a ser, ahora precisamente, un mundo de ilusiones. El partido unionista posee una fuerza numérica completamente ilusoria; los partidos liberal y laborista, pero especialmente el laborista, padecen de una debilidad numérica igualmente ilusoria. Puede resultar, sin embargo, que el desarrollo de la política inglesa en un futuro próximo sea determinado por estas ilusiones y que en el curso del próximo verano el partido unionista bajo su nuevo jefe se suicide al separar su suerte de la del Primer Ministro.

De todos modos, todo ello constituye una situación interesante. Claro es que la Coalición tiene que romperse, y es claro también, que el partido Laborista, a la primera oportunidad, verificará ganancias inmensas. Pero el balance actual de partidos en el próximo parlamento depende muy principalmente de la decisión que Mr. Lloyd George (o el partido Unionista) se verá obligado, muy en breve, a adoptar. Hasta un grado extraordinario las circunstancias han hecho del Primer Ministro el árbitro aparente de los acontecimientos. Puede que él no logre conservar el poder para sí mismo, pero podrá probablemente salvar o perder a cualquiera de sus rivales. Muchos críticos sagaces se muestran confiados en que tarde o temprano él se irá «con la derecha»; otros se muestran igualmente seguros de que se irá «con la izquierda». Pero la cuestión parece haberse convertido en una materia más de necesidad que de libre albedrío. ¿Hacia qué lado podrá caer? La unica respuesta que en este momento parece plausible, es la de que tome el consejo, tantas veces repetido, de sus paniaguados del *Observer*, y busque por un tiempo aquel refugio al cansancio de los asuntos políticos que él tan ansiosamente desea y del que tan evidentemente se ha hecho merecedor.

ARTE Y VIDA

UN PIANISTA QUE RIVALIZA CON RUBINSTEIN Y PADEREWSKY

Ferruccio Benvenuto Busoni



FERRUCCIO BENVENUTO BUSONI

En la revista de Londres «*Review of Reviews*», encontramos noticias de esta nueva estrella del arte musical.

«Busoni es italiano. Nació cerca de Florencia, en Empoli, el 1.° de Abril de 1866. Su primer maestro fué su propio padre, Ferdinandi Busoni, músico de clarinete, y luego estudió en Graz con W. A. Remy. Sus dos padres eran músicos, pues su madre era pianista, y así el ambiente le fué favorable para el desarrollo de su genio musical. Hoy su nombre figura al mismo nivel de los de Rubinstein, Listz, la Carreño y Paderewsky. Desde edad muy temprana comenzó a dar conciertos en su país natal y sólo tenía quince años cuando se le eligió miembro de la Real Academia Filarmónica de Bolonia. Es quizás esta vida profesional en un período de tal impresionabilidad lo que explica la elevación ocasional del *virtuoso* sobre el artista que se observa hoy en el hombre de cincuenta y cinco años.

«Busoni es un artista que tiene un perfecto dominio de las mayores posibilidades del gran piano de concierto, como un medio para la creación del tono-color en todas sus gradaciones de volumen y expresión. Contrastes nítidos, claridad de fraseo incomparable, intelectualidad, y la conciencia de una personalidad magnética, distinguen su ejecución de los clásicos y hacen un efecto hondo, aún cuando personalmente se esté en desacuerdo con sus puntos de vista.

«El nombre de Busoni está indisolublemente ligado al de Bach, no sólo por la ejecución, sino por la versión que ha hecho de las obras del maestro. Sus transcripciones de algunos de los Preludios para órgano y de las Fugas, le colocan entre los mejores escritores de literatura de pianoforte y hacen de él un benefactor de todos los pianistas. Su Bach nos revela un gran fondo de poesía y hasta trozos de romance en las composiciones del gran contrapuntista, que parecen haber quedado ocultas para otros muchos artistas notables. Su Chopín es fuerte y libre de sentimentalismo, aunque gran parte de él tiene una exquisitez inefable.

«Entre sus obras hay también versiones de Listz y hasta dé Mozart. Son numerosas y escritas principalmente para pianoforte. A menudo el compositor aparece como teniendo poco que decir y se consagra, como un moderno Listz, a explotar las posibilidades de técnica y de color del instrumento, con campo amplio para una brillante, deslumbradora ejecución. Entre sus composiciones más importantes figuran: una Sonata, óp. 24, varias sonatas para violín y piano, un poema sinfónico (óp. 32a.) y una Fantasía India para pianoforte y orquesta, que se estrenó el verano pasado en el «Queen's Hall de Londres».

NUESTRA LUCHA DIARIA: LA DROGA UNIVERSAL

Por Marta Moravsky

(De «*The Call Magazine*»).

Hoy fuimos juntas a un estudio cinematográfico para obtener color local para un cuento. Por supuesto que la visita dió lugar a una discusión. A la hora del almuerzo tuvimos otra vez nuestra lucha diaria.

—¿Qué harían los pobres sin las películas? No existe ninguna diversión tan variada y sin embargo tan barata.

—¿Otra vez cantándole loas a la civilización? Quisiera que todas estas cavernas de corrupción fuesen cerradas por un mes.

—¿Por qué?

—El pueblo de los Estados Unidos cambiaría radicalmente el país en el espacio de cuatro semanas, si no tuviera nada con qué embriagarse. La prohibición de la droga cinematográfica sería de mayor efecto sobre las almas humanas que la prohibición de las bebidas alcohólicas.

—Pero las películas son absolutamente morales. El tribunal de censura cinematográfica está ahí para eso.

—Lo malo es que son *demasiado morales*. ¡Todo parece tan limpio y tan bueno en las películas, a excepción de los rufianes! y, en cuanto a éstos, invariablemente son capturados y castigados. Cuando uno sale del cine, uno casi cree que Dios está en el cielo y que todo va bien en el mundo. Ningún realismo está permitido allí. Ninguna clase de gente común, con su poco heroica, su nada merecida y jamás aliviada, porción de sufrimiento. Si ella es una doncella, nunca habrá sido besada antes por nadie, con la sola excepción de su héroe. Si un soldado, siempre luchó por la buena causa. Y a todos estos ángeles sin alas se les recompensa pródigamente con dólares, yates y nenes, por su buen comportamiento. Un demonio aparece también invariablemente, con una cara repulsiva cuya expresión está avisando a la concurrencia de cuán malo es... Este personaje no deja nunca de recibir una paliza y diez años o más de presidio, cuando no se le condena a morir en un precipicio. Muy parecido a la vida real ¿eh?

—¿Y qué quiere usted que pongan? ¿Cuestiones obreras? ¿Enfermedades y vidas mórbidas de fracasados? Tenemos de esto bastante en la vida real.

—Y siempre lo tendréis, si seguís cerrando los ojos a la miseria que abunda en el mundo. La cortina cinematográfica falsifica la vida, pone en vuestras cabezas la clase de propaganda más perniciosa. «Todo está muy bien. ¿Por qué luchar, pues? ¿Por qué reformarse a sí mismos y tratar de reformar el país si estamos en tan excelente estado de cosas?»

—Bah, nadie cree en la vida que pinta el cinematógrafo. No somos tan simples. Vamos a ver las películas nada más que para olvidar un poco.

—Para esto es para lo que sirven todos los narcóticos: para olvidar. Pero no tenemos ningún derecho a olvidar los asesinatos sin castigo, la miseria, los agiotajes, los atropellos del que tiene contra el que no tiene, las libertades destruídas y el millón de las otras injusticias de que se hace víctima día tras día a vuestro aletargado país. Imagináos a alguien cuya madre fuese insultada por algún hombre de los *de arriba*, y él, un cobarde, se fuese a un bar y se emborrachase... para olvidar. ¿Le respetaría usted? Su madre patria, su madre humanidad, es atropellada diariamente, y usted se va al cine a emborracharse con dulce optimismo, a fin de olvidarse de la actual dureza de la vida, del alto costo del vivir, del bajo precio del buen proceder...

—Pare su sermón. Las películas alegres son una necesidad nacional.

—Eso mismo era el opio para los chinos.

—Bueno... ¿qué película vamos a ver esta noche?...

WAGNER Y LA REVOLUCION

No es generalmente conocido el hecho de que Ricardo Wagner, el autor de los más grandes dramas musicales del mundo, era un revolucionario militante, que tomó parte activa en la revolución alemana de 1848 y que se libró sólo por la fuga de un largo término de prisión. A continuación insertamos la traducción de uno de sus artículos publicados en el «Dresden Folksblatter». — (N. de R.)

La Revolución

Yo soy el secreto de la juventud perpetua; la eterna creadora de la vida. Donde yo no estoy, la muerte hace su aparición instantánea. Yo soy el bienestar, la esperanza, el sueño de los oprimidos. Yo destruyo lo que existe, pero desde las peñas desde donde desciendo, una vida nueva comienza a brotar. Vengo a vosotros para romper todas las cadenas que os oprimen; para libraros de las garras de la muerte; para inyectar una vida nueva en vuestras venas. Todo lo que existe debe perecer. Yo destruiré hasta sus cimientos mismos el orden de cosas en que vivís, pues ese orden es hijo del pecado cuya flor es miseria y cuyo fruto es crimen. Yo reduciré a polvo todas las ilusiones falsas que han mantenido ciega a la especie humana. Yo haré trizas la autoridad de los grandes, el derecho de propiedad de uno sobre muchos, de los muertos sobre los vivos. Que la voluntad de cada uno sea emancipada y glorificada, pues el hombre libre es el hombre sagrado, y no hay nada de más sublime que él...

Yo destruiré el actual orden de cosas que divide a la humanidad, una, en naciones hostiles entre sí, en fuertes y débiles, en privilegiados y desamparados, en ricos y pobres: pues tal orden de cosas hace de todos y de cada uno seres desventurados. Yo destruiré el orden de cosas que hace que los millones sean esclavos de los pocos, que despoja de todo goce al trabajo, que convierte el trabajo en una carga, y que hace a unos hombres miserables por carecer de todo, y a otros hombres miserables también por superabundancia de todo. Yo destruiré el orden de cosas que mantiene a una parte del género humano en la holganza o en una actividad inútil; que obliga a miles de hombres a dedicar su fuerza juvenil a profesiones estériles tales como el militarismo, la especulación y la usura, y al mantenimiento de estas despreciables vocaciones, en tanto que a la otra mitad, por esfuerzo excesivo y el sacrificio de todo goce en la vida, la aplasta bajo la carga de toda la infame estructura. Yo destruiré hasta la memoria misma de este insensato orden de cosas que, producto de la combinación de la fuerza, el fraude, la hipocresía, el dolor, el llanto, el engaño y el crimen, está aislado en su propia atmósfera envenenada, sin recibir ja-

más un soplo de aire puro, sin que jamás un rayo de alegría pura penetre en su interior.

Levantáos, pues, vosotros, los habitantes de esta tierra que padecéis de tristeza y de opresión. Y vosotros, los que vanamente lucháis para encubrir la horrible desolación de vuestras almas con el efímero esplendor de las riquezas: levantáos también. Venid a incorporaros a la gozosa falange que me sigue, pues yo no sé hacer distingos entre aquellos que me siguen. Sólo hay dos clases de gentes, de ahora en adelante, para mí en la tierra: aquellos que me siguen y aquellos que me resisten. A los que me siguen, les conduciré a la dicha; a los que me resisten, los aplastaré bajo mi planta. Pues yo soy la Revolución. Soy la nueva fuerza creadora. Soy la divinidad que dispensa toda vida. Soy la diosa que abraza, que resucita, y que premia.

Richard Wagner.

DEL AMBIENTE

La humanidad antes que la divinidad. — Pragmatismo revolucionario

Pocas cosas me causaron más asombro en los Estados Unidos que el toparme un día con esta leyenda: «Humanity before Divinity», inscripta en un frontispicio de una iglesia cientista de Nueva York.

¡Hasta dónde ha llegado a conceder el dogma religioso al sentido común! ¿Cómo es posible que la iglesia que tiene por cimiento el ascetismo, o sea el ideal de la renunciación absoluta de nuestros fueros espirituales en aras del supremo arquitecto del universo, llegue a invertir los fundamentos de su moral, fijando en las barbas mismas de Jehová un cartel de herejía tan anárquico como eso de «La Humanidad antes que la Divinidad»?

La explicación es fácil obtenerla con sólo empaparse un poco de las luchas violentas que han librado entre sí las diferentes sectas cristianas que se disputaban la preponderancia en aquel país donde la iglesia está separada del Estado.

Se ha dicho que el pueblo yanqui es «utilitario» con la pretensión de hacerlo servir de contraste con nuestra «raza idealista». En realidad tan nietos de Sancho son los sobrinos del Tío Sam como los descendientes de don Quijote. La diferencia estriba en que nosotros cultivamos el «idealismo parasitario» y estamos en nuestra sociedad conservadora, de caballeros y pícaros hasta los ojos, mientras aquéllos cultivan el practicismo que conduce directamente a la independencia económica o sea a la fortuna dentro del sistema democrático individualista en que aún estamos sumergidos todos.

Dentro de la civilización burguesa, nosotros, los hijos de la América Española, no hemos hecho otra cosa que no desmentir a nuestra madre España: como ella hemos parlado, parlado y parlado. La poesía para nosotros está en el palabrerismo. Para aquellos tipos sanos, fuertes y optimistas del Norte, la poesía, en cambio, se llama acción. Nosotros somos los héroes de la fantasía. Cuando queremos realizar grandes empresas, montamos en el Clavileño famoso de don Quijote y viajamos en el tren raudo de nuestra imaginación portentosa, sólo que, cuando regresamos nos encontramos en el punto de partida, es decir, que no hemos ido en realidad a ninguna parte. El yanqui ha *poetado menos*, pero ha *realizado* más cosas grandes y bellas que nosotros.

En un pueblo de esta índole no podía perpetuarse aquella estúpida y estéril pelea de frailes.

Entonces nació la iglesia unitaria (como quien dice la unificación frailuna). Esta promovió un movimiento en pro del acercamiento de todos los ministros blancos, rojos y negros de Cristo. ¿Pero cómo ponerlos de acuerdo, cuando había abismos irreconciliables en la concepción teológica que servía de base a sus dogmas?

¿Cómo convencer, por ejemplo, el pastor protestante al clérigo católico de que María no podía ser virgen y madre al mismo tiempo, por más milagrosa que hubiese sido su divina concepción?

Ellos comprendieron que no valía la pena renovar la eterna y rencorosa discusión de los dogmas teológicos, porque sería cuestión de nunca acabar. Pero puesto que todos provenían del mismo árbol del cristianismo, dejarían de un lado la interpretación de las sagradas escrituras y convinieron en que se pondrían de acuerdo en una cosa fundamental y humana: *la práctica de las virtudes predicadas por Jesucristo.*

El pragmatismo filosófico de un William James, un Emerson y un Dewy, consistente en no apreciar ninguna teoría o doctrina por su base científica, sino por los frutos benéficos que acarrea a la comunidad, triunfó en el campo religioso. Y actualmente, una de las cosas que sorprende al viajero hispano-americano, acostumbrado a la grosera sensualidad de esta holgazana clerigalla nuestra, que es la encarnación de los siete pecados capitales, consiste en ver cómo las diferentes iglesias norteamericanas realizan un considerable trabajo social aparentemente ajeno a su ministerio, ya sea cultural o filantrópico, colocados en una verdadera competencia de actividad para conquistarse su grey. El resultado de esta entente, ha sido satisfactorio para todas las sectas, pues ha consolidado el sentimiento religioso en todo el país.

Tenemos muchas cosas que aprender los revolucionarios de las clases dominadoras. Si nosotros lo hacemos todo a base de lirismos, embriagándonos con el licor barato de la literatura enfática que todavía les gusta cultivar a nuestros declamadores de oficio, y el adversario nos contesta, en cambio, con procedimientos expeditivos y prácticos, es claro que vamos derecho a la derrota.

Gran lección es la que nos dan esos frailes adaptándose a la conciencia nueva de la humanidad del presente, la cual ya no parece preocuparse gran cosa del reino de los cielos y sí estar muy atareada en la conquista del reino de la tierra. Bajar a Dios de su trono para colocar en él a la humanidad, equivale, dentro de la religión dogmática, a ponerle una bomba de dinamita al Papa debajo de la silla.

Humanizar el ideal religioso era inyectarle nueva vida.

Humanizar nuestras doctrinas revolucionarias, no atribuyéndole más dignidad a los principios teóricos que a los hechos reales de la historia, rendirle culto a las ideas pero comprender que no es con las ideas prendidas como etiquetas al ojal de la solapa, sino con hombres inteligentes, valientes y aptos para la acción de los ideales con cuyo esfuerzo ha de tumbarse el negro régimen del capitalismo, es cambiar el método de la discusión como método de lucha por el de la solidaridad efectiva entre todos los elementos útiles a la causa de la Revolución.

Convengo en que el Sindicato Unico antipolítico y antiestatal, será el órgano por excelencia de la Revolución, destinado a desposeer a la burguesía y a reconstruir el nuevo andamiaje político-económico del futuro sistema comunista.

Pero hace falta acometer una labor espiritual fuera de los sindicatos y paralela a su propaganda revolucionaria, destinada a llenar las lagunas que deja en nuestro ambiente la incipiente cultura de nuestro proletariado.

De todos los rincones de la República vemos surgir hombres nuevos, inteligencias sanas y vigorosas que se incorporan espontáneamente, por pura simpatía, a la causa de las ideas libertarias, ya sea en arte, en educación o en sociología.

Estúpido sería no movilizar en pro de nuestra causa, todas esas energías vivas del pensamiento libertario dispersas en el país.

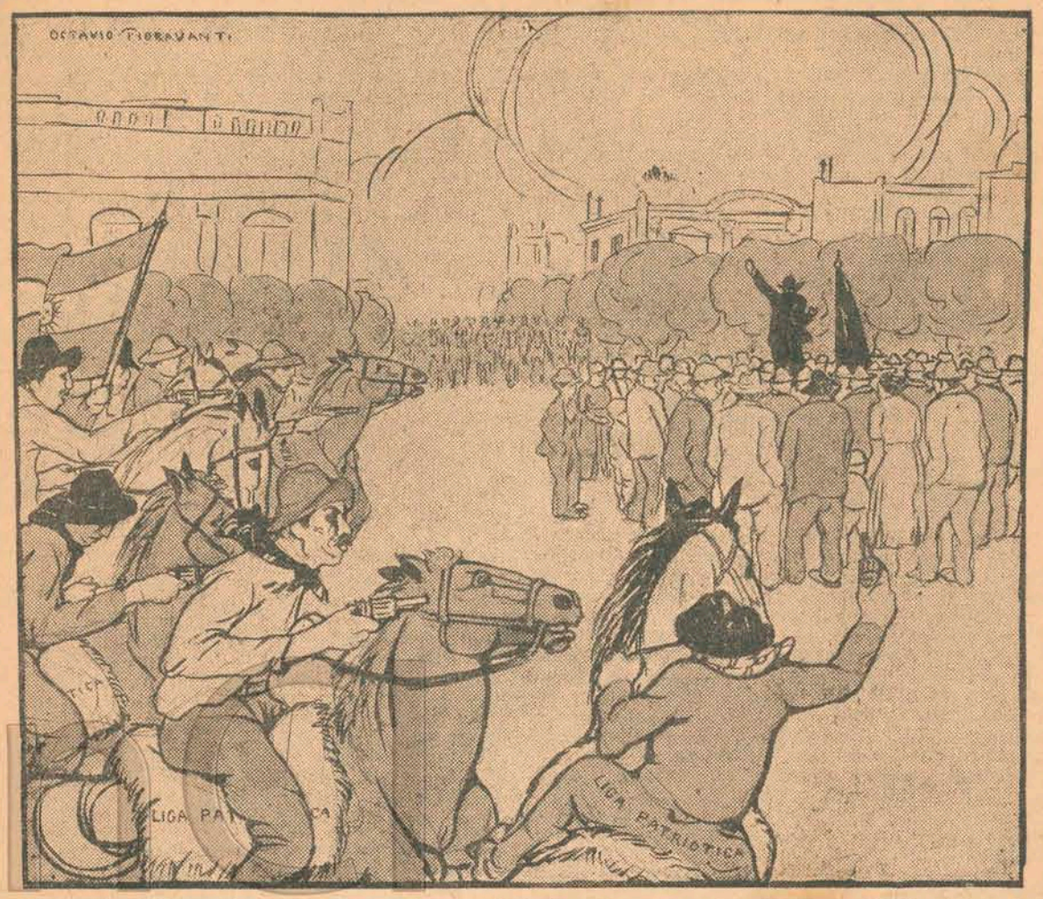
Es mucho lo que nos queda por hacer para llevar nuestro evangelio de verdad y de justicia al corazón de las clases explotadas.

Nos faltan escuelas donde no se asesine el alma de nuestros niños, pues no nos sienta el desplante de llamarnos «emancipados» cuando le hemos vendido al diablo el alma de nuestros hijos.

Nos falta al mismo tiempo, hacer algo para emancipar a nuestras pobres mujeres, esclavas de esclavos, hasta las cuales no ha llegado la acción educativa ni en forma burguesa, ni en forma revolucionaria.

Nos falta una universidad social obrera que nos dé una legión de conferencistas expertos en la organización de las

LA HISTORIA SE REPITE



Facundo, el Tigre de los Llanos que inmortalizó Sarmiento en su genial obra «Civilización y Barbarie», tenía por divisa en su siniestra bandera de guerra (el famoso estandarte negro con una calavera en el centro), estas palabras: «Religión o Muerte».

Hoy, después de setenta y tantos años, Facundo redivivo inspira a la Liga Patriótica Argentina el mismo grito ancestral contra las ideas.

Oigamos al señor Carlés en su detonante telegrama al gobernador de Entre Ríos, pretendiendo defender (y en realidad, acusando), a su benemérita Liga, de la inculpación que le hace dicho funcionario de haber sido ella la promotora del crimen de Gualeguaychú.

«Sepa V. E. que el tiro inicial del combate del 1.° de Mayo en Gualeguaychú»... partió del fondo de nuestra historia». «Cien años de luchas y sacrificios transcurridos con la lentitud de los tiempos azarosos, han cimentado la civilización argentina sobre la base de la patria».

«¡Animas benditas de Ramírez y Urquiza»... «En el combate de Gualeguaychú se batió el alma de los muertos (la de Facundo: «Religión o Muerte») contra los que envilecen su memoria».

¡Anima bendita de Sarmiento que escribiste en las paredes de tu cárcel: «Bárbaros, las ideas no se degüellan»!

¡Patria humana y luminosa de Sarmiento y Alberdi, aún no has nacido: te estorba el paso la patria negra y asesina de Facundo!

instituciones económicas, industriales, educativas y societarias del comunismo, para dispersarla en todos los pueblos del interior, a fin de que hagan una propaganda seria, sistemática y eficiente entre los trabajadores del campo y de las ciudades.

No es solamente con la fuerza de los fusiles que nos subordina la burguesía, sino también con la de las artes técnicas al servicio de sus instituciones actuales.

A nosotros nos sobran soldados, quizás, para abatir este régimen, pero nos faltan técnicos para levantar sobre sus ruinas el andamiaje del orden nuevo de cosas. Eso es lo que pasó precisamente en la Revolución Rusa. Es verdad que el genio pragmático de Lenin y sus camaradas subsanó las dificultades de la primera hora, sirviéndose de los elementos utilizados por el zarismo, no ya sólo para el funcionamiento de las instituciones bancarias, comerciales, ferroviarias e industriales, sino hasta para la organización y dirección del Ejército Rojo bajo las órdenes del estado mayor bolshevista.

Nosotros no debemos correr ese albur. El profesionalismo de la clase media debe ser conquistado aquí desde antes de la Revolución para la gran obra reconstructiva de la Revolución. Ya tenemos en nuestro campo, de medio cuerpo o de cuerpo entero, escritores de reputación, médicos, abogados, profesores universitarios y de enseñanza primaria, estudiantes de todas las facultades, autores dramáticos y artistas de teatro, etc., etc. De la misma burguesía han de salir en este país, como han salido en Europa, hombres de alma honrada y generosa que como el personaje profético de Zola, reconozcan que «hay que devolver» a la comunidad la riqueza acumulada con mano avara por los ricos, porque ella representa los sudores y las privaciones de los miserables. En el fondo de todo hombre hay siempre, por mucho que lo haya bestializado el sensualismo, algo así como un destello de divinidad que, en un minuto determinado por las circunstancias heroicas de la vida, inflama su corazón y alumbra su mente para el bien. Tan humano es regenerarse como corromperse.

Sobretodo, una sola cosa debemos excluir de nuestra conciencia libertaria y es todo método negativo de acción que tienda siempre a poner el signo «menos», donde puede ponerse el signo «más».

«Peligro»

El mundo está lleno de simuladores de todas layas en este «siglo hipócrita», como bien lo calificara Mantegazza. En el campo burgués y en el campo revolucionario los tenemos más o menos en la misma proporción. Simuladores del talento, simuladores del puritanismo político o social, simuladores del valor o matonismo a estilo del Pepe el Tranquilo y hasta simuladores del terrorismo ultra, extra, archirojo.

José María Ramos Mejía, a quien los maestros rebeldes le amargáramos los últimos días de su vida realizando en el país la primera huelga de maestros cuando fué él presidente del Consejo Nacional de Educación, pero que, indudablemente era un acucioso psicólogo y un escritor de enjundia, caricaturaba bonitamente a ciertos tipos de caudillos políticos, genuinos exponentes de nuestro ambiente criollo, que tenían por oficio vivir amagando con tenebrosas conspiraciones al gobierno, comparándolos con esos vagones vacíos a los que se les ha dejado involuntariamente la etiqueta que dice: «Peligro», no obstante haberse descargado la materia inflamable que transportaban.

El símil es enteramente aplicable a aquellos grupos reaccionarios de nuestras filas, que olvidando por completo al enemigo común del capitalismo, se ocupan con una actividad digna de mejor empleo en trabar, entorpecer y paralizar el disciplinamiento revolucionario de las fuerzas efectivas con que cuenta el sindicalismo libertario en el país. No criticaría yo el fenómeno psicológico que se produce en las filas del anarquismo en esta hora de maduramiento histórico de la revolución proletaria, que se desdobla en dos fracciones; una revolucionaria metafísica (de polemización, teorización y secularización religiosa) y otra, revolucionaria concreta y dinámica, que imitando a Lenin cuando deja su libro inconcluso porque él cree «que es mejor hacer la Revolución que estar hablando de ella», tratan aquí de mover el carro de los sucesos. Pero, como Calibán se mueve más que Ariel; como siempre hay más actividades negativas al servicio del «no dejar hacer» que del «obrar edificando algo» y como, en nuestro caso, los simuladores del puritanismo anárquico se han inventado una etiqueta para ellos y otra para los que no están con ellos, llamándose a sí mismos, *la izquierda* del anarquismo y llamando a los otros *la derecha*, conviene arrancarles la piel de león con que pretenden disfrazarse, (no ante el burgués o la policía que ya no los teme porque los conoce y los aplaude), sino ante ciertos elementos ingenuos e ignorantes de aquellos gremios obreros donde ellos llevan la confusión, la división y el veneno de los rencores personales.

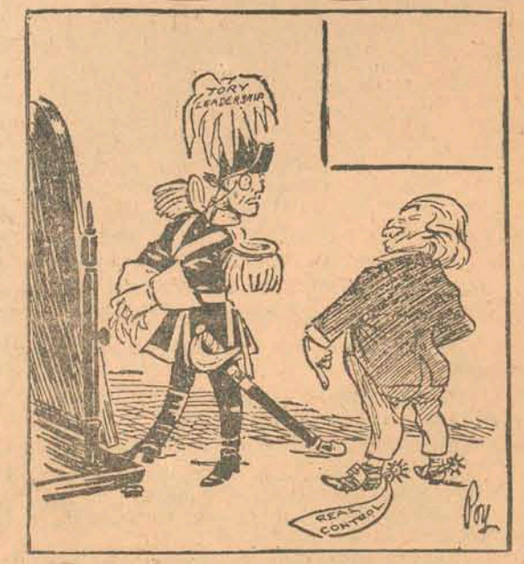
No son izquierda y derecha los nombres con que puede ni debe calificarse a estas dos fracciones, una grande, numerosa y fuerte que se alista para la acción inconfundiblemente revolucionaria, y otra pequeña, ínfima, pero deslenguada, intrigante y agresiva que obstruccionа y retarda la marcha de los acontecimientos, so pretexto de que ellos son las vestales de la doctrina comunista anárquica, los albaceas del pensamiento de Bakunin, los cuáqueros del ideal.

Bien está que cada cual se provea de lo que más halague su vanidad o su tontería, por aquello del refrán viejo siempre nuevo de que «en pretensiones y agua bendita, cada cual toma lo que necesita». Pero no hay derecho a calificar a los otros, porque entonces es presentar el blanco de nuestras deformidades a la caricatura.

No os disfracéis de izquierdistas, porque no engañaréis con esa etiqueta de «Peligro» a nadie, cuando todo el mundo está viendo que sois como el vagón vacío de que hablaba Ramos Mejía. Bautizaos más bien de acuerdo con la obra que realizáis: llamaos «divisionistas» frente a los «unionistas» del proletariado. En cuanto a vuestro afán de bramar como el león, vomitando aquí y allá sonoros adjetivos terroristas contra el burgués y soeces injurias o brutales denuestos contra los hombres que dan todo lo que tienen a la causa, nadie lo toma ya en cuenta.

El primero, no os teme, porque sois para él un tigre pintado en la pared, y los segundos terminarán por consideraros parte integrante del detrito social que desaparecerá juntamente con esta leprosa civilización burguesa.

LA CARICATURA MUNDIAL



MR. CHAMBERLAIN: — *«Vea, ¿no había unas espuelas para que hicieran juego con este uniforme?»* (Aludiendo a la jefatura efectiva del partido. N. de R.)

MR. LLOYD GEORGE: — *«Sí, las había, pero las llevo yo».* (Del *«Evening News»*, Londres).

NUESTROS COLABORADORES

EL AMBIENTE DE TOMAS GORDEIEFF

—¡Ea! háblanos del juicio final, ¡ja, ja, ja! ¡profeta! — así hablaban los hombres del mundo viejo al héroe angustiado de Gorki. Solamente el genio, gracias a su poderosa imaginación, escapa de la dolorosa tragedia que el aburrimiento hace florecer en el alma de los seres sensibles. El aburrimiento es un privilegio de los corazones nobles, pero de escasa inteligencia. Nos aburrimos porque no sabemos o no podemos crear. Al héroe de Gorki no le faltan fuerzas ni voluntad; pero no acierta a crear el objeto hacia el cual tiende toda su alma inconscientemente desesperada. Contemplando el trabajo de algunos obreros, se siente súbitamente atraído e intenta él también, multiplicando el esfuerzo, realizar la pesada tarea; pero, pronto la abandona, dominado de nuevo su ánimo por el pesimismo. El, inconcientemente, ha sentido que los obreros hacían su trabajo metódicamente, como esclavos, sin poner en la obra un arranque de voluntad espontánea, libre; el trabajo que se realiza bajo la dominación capitalista que enerva y mata en el obrero la alegría sana del trabajo libre. Tomás, con el súbito arranque, herido inconscientemente por esa esclavitud del trabajo, desea hacer mover la tarea con impulsos de libertad; y sus esfuerzos multiplicados, que deja atónitos a los obreros que le contemplan, demuestran que la libertad, engendrando la alegría del trabajo, hace doblemente eficaz el rendimiento de la actividad humana. El esfuerzo de Gordeieff dura poco, porque él comprende instintivamente que no se podría continuar en la libertad; después de algunas horas de trabajo, tendría que someterse a la regla común, a la reglamentación capitalista. Pero, como su alma guarda el tesoro de una sensibilidad exquisita, abandona la tarea que presiente reglamentada, y se abandona al aburrimiento. No acierta a crear el ambiente que necesita su espíritu para vivir con alegre plenitud; pero comprende que la vida chata que nos ofrece la sociedad burguesa engrendra fatalmente el fastidio, la monotonía de todas las rutinas; y la peor de las rutinas es la que somete al esfuerzo a movimientos iguales, previstos en su duración y rendimiento. Tomás siente su impotencia para crear y busca con ansia una persona que tenga el genio creador; la busca inconscientemente, porque todo en Gordeieff es obscuro, es sentimiento más o menos ciego. ¡Con qué ansia de toda su alma desea conocer a Taras que, según los relatos de la hermana Lioúba, es un ser misterio, un desterrado, un proscripto por sus ideales sociales! Pero ¡qué desencanto cuando logra conocer a ese hombre que resulta ser un pobre diablo de alma mezquina, un burgués como otro cualquiera! Las relaciones de Tomás con Liouba se enfrían porque la muchacha, a pesar de sus pretensiones de culta e instruida, no pasa de ser otra alma de cortos vuelos, alma sin grandes ideales que señalen al esfuerzo una actividad regeneradora y libertaria. Se hace compañero íntimo de Ejoff, porque, a pesar de que éste es un degenerado, siente que hay en él un obscuro instinto que lucha contra toda la podredumbre social. Pero, Ejoff tampoco es un creador y Tomás no puede seguirlo como se sigue a un redentor. El aburrimiento no deja de pesar sobre su ánimo. Termina el pobre Gordeieff pronunciando aquel magnífico discurso contra los «organizadores de la vida», contra los burgueses que han hecho de la sociedad un lugar sin alegrías, sin libertad, que han metodizado hasta los menores impulsos de la voluntad creadora del hombre. Luego, se hace borracho y naufraga en los abismos de la semilocura. La gente se burla cuando lo ve por las calles: ¡Ea! háblanos del juicio final, ¡ja, ja, ja! ¡profeta!

¡Pobres de nosotros! También nosotros que carecemos de la facultad creadora nos aburrimos y no acertamos más que a hablar del juicio final. El mundo de hoy está lleno de estos aburridos. Son profetas porque hablan de un próximo derrumbe social. Cuando aparezca el potente genio creador, los aburridos al fin encontrarán el ambiente propicio para hacer vivir en la alegre plenitud las excelencias de sus espíritus. Hoy en Rusia Tomás Gordeieff ha de sentirse noblemente dichoso. Sí, compañeros; de aquel país misterioso nos vienen soberbios ejemplos de esfuerzos gigantescos, de libres experiencias. El genio creador de Lenin ha salvado de la muerte obscura a innumerables profetas que, ahora, libres de toda ligadura, sentirán la alegría de vivir en el esfuerzo de la voluntad libre. El ambiente de Tomás Gordeieff ya ha sido creado; es necesario extenderlo, universalizarlo. Todavía los «organizadores de la vida» son dueños absolutos de la vida; todo existe reglamentado, los esfuerzos carecen de iniciativas y hasta de sorpresas. Cuando nos levantamos de mañana y pensamos que durante la jornada haremos el mismo trabajo de ayer, en las mismas horas, con el mismo gasto de energías, nos sentimos hastiados de antemano. ¡Cómo! en nuestro esfuerzo ¿no habrá jamás, nunca, nunca, una chispa de genio que arranque a lo ignorado, al minuto misterioso, una cosa nueva, una obra desconocida? La sana moral del esfuerzo libre y creador no es posible en esta sociedad burguesa; arriba, sí, existen unos cuantos que pueden hacer lo que quieran; abajo, millones

y millones tienen ya para todos los días determinado su deber de esclavos.

Seamos humildes profetas, hablemos del juicio final, aguardando la hora sublime del genio creador. La Revolución libertadora recibirá grandes impulsos de todos los aburridos. Tomás Gordeieff hoy es dichoso en Rusia. ¿No vemos a Gorki, que es un verdadero Gordeieff, sentirse rejuvenecido y realizando esfuerzos colosales en la obra revolucionaria?

F. Ricard.

- AQUILATACIONES -

Por NEMESIO CANALES

CONFIDENCIAS DE UN REPORTER

Un repórter de «La Razón», al dar cuenta en el número de mayo 13, de ciertos trabajos policíacos relacionados con el sensacional asalto al habilitado de la Aduana, hace declaraciones horribles. Empieza por decirnos que «si la policía no hubiera procedido con tacto en cuanto a lo que atañe al secuestro del dinero que guardaba Alegre (uno de los presos), ésta era la hora en que había que sufrir las consecuencias de un conflicto».

Ahora veamos en qué consiste el tacto ese que tanto celebra el repórter. Se trata de un dinero que Alegre dijo haber echado al río, declaración que parece resultó falsa. Y nuestro repórter, después de decirnos que el tal Alegre «resultó ser un cínico y un pillo», por lo mucho que resistió «el asedio de los pesquisas para que confesara donde estaban los 20.000 pesos, nos cuenta cómo habían resultado infructuosas todas las gestiones policiales, para dar con el dinero. al extremo de que hubo que pagarle 500 pesos a un buzo para que se sumergiera en las aguas del «Riachuelo», y, que se pensaba en gestionar «la intervención de un buzo oficial para que no resultase tan costosa la búsqueda de los billetes». Después de lo cual viene lo más jugoso de la información. Oido a la caja, lector:

«Como siguiera sosteniendo Alegre que había dejado allí el dinero, el comisario Santiago dió anoche instrucciones a su auxiliar el señor Ramón Cernadas, para que tratara de averiguar de una vez por todas el lugar en que se hallaba el dinero».

Al llegar aquí empecé a sudar frío. Ese comisario que da a su auxiliar instrucciones para que **trate de averiguar de una vez por todas...** Pero sigamos: «Alegre juró que diría la verdad. Pidió que se le dejara tranquilo un momento»... ¿Qué puede significar este ruego de que **se le dejara tranquilo un momento** en boca de Alegre, después del terrible **una vez por todas** de antes? Pero ahoguemos toda suspicacia y continuemos: «Pidió (Alegre) que se le dejara tranquilo un momento, y después manifestó que los pesos 20.000 se hallaban en el tirante de la casa». «Esto resultó inexacto. Apremiado nuevamente»... ¿Qué será esto de **apremiado nuevamente?** «Apremiado nuevamente, indicó otros seis o siete sitios falsos». «Como se le colocara en una situación nada agradable»... ¿Vais comprendiendo el por qué de mi sudor frío, lector? ¿Qué situación nada agradable sería ésta en que se colocó al pobre Alegre? ¡Horror! Pero no paran aquí las inefables confidencias de este maravillosamente impasible repórter. Sigamos. Como Alegre hubiera manifestado luego que había entregado el dinero al secretario de la Sociedad de resistencia de los estibadores, «dicho funcionario (el comisario Santiago) volvió a tomar por su cuenta (¡cielos!) la pesquisa»... «El comisario Santiago comprendió que una intervención al local de los estibadores... podría tener consecuencias graves»... «Tuvo la sospecha el señor Santiago, a pesar de los juramentos y el reconocimiento hechos por Alegre, de que éste mentía una vez más. El comisario Santiago, cansado de las maniobras de Alegre, Se Decidió Por Conocer la Verdad (las mayúsculas son mías), pues no era cuestión».. etcétera.

¿Qué tal? No os sentís espantados de que tales cosas salgan a la luz pública, no sólo sin protestas, sino hasta con el beneplácito del periodista que las relata? Si grande es, según este periodista, el cinismo de un preso que da declaraciones falsas, ¿qué pensar de la tranquilidad con que este señor periodista llama **tacto** al inicuo, al incalificable atropello que él mismo delata? Porque, no hay que darle vueltas. O esta reseña de los métodos de investigación de ese señor comisario Santiago es falsa, y ha sido maliciosamente combinada para imputar a éste, casi abiertamente, un escandaloso abuso de fuerza que avergonzaría a un flagelador de la Edad Media, o los hechos relatados son ciertos, y en este caso no se sabe qué admirar más, si la posibilidad de que prácticas tan abominables subsistan aún, sin escándalo de nadie, en el seno de una ciudad como Buenos Aires, o la incomprensible frialdad, la casi delectación con que un hombre de letras relata cosas tales como si diera la reseña de un banquete.

¿Habremos leído mal? Tanto por el señor Santiago, a quien no conocemos, y de quien no tenemos el menor motivo para suponerle capaz de atrocidades semejantes, como por el señor repórter, **compañero en faenas periodísticas,** como por esta sociedad hispano-americana de cuyas virtudes y pecados no podemos menos de sentirnos solidarios, quisiéramos se nos convenciese de que hemos visto visiones, aunque en caso tal, sería cosa de proveernos de una cartilla y empezar de nuevo a deletrear. Porque ¿quién que haya cursado siquiera el abecedario podrá dejar de ver en las reiteradas expresiones transcriptas acerca del señor comisario el uso de la fuerza contra un infeliz reo? ¿Cómo explicarse que a un preso empeñado en ocultar algún hecho se le obligue, sin

violencia, sin alguna forma de tortura, no sólo ilegal, sino inhumana y bárbara, a decir lo que no quiere decir?

Y pensar que, mientras entre nosotros los hispanos peninsulares y americanos subsiste todavía, en todo su innoble rigor primitivo, el procedimiento de interrogar al acusado y de hacerle pasar por toda suerte de dolorosas zozobras y humillaciones, desde la incomunicación hasta el inútil y grotesco **careo,** ya hace más de cien años que en la parte de América habitada por otra raza menos petulante, menos alardeante de cultura que la nuestra, existe un concepto tal del respeto que merecen los fueros humanos, que, ni aun tratándose del más infame de los crímenes, puede nadie jamás, por grande que sea su autoridad, interrogar a un reo contra su voluntad, ni tenerle incomunicado por cinco minutos, ni carearle, ni, en general, dejarle de considerar en todo tiempo, mientras no se dicte sentencia definitiva contra él, como presunto inocente del delito que se le imputa. ¡Cuánto camino nos queda por andar todavía para llegar al siglo dieciocho! En materia de costumbres cívicas, que es donde hay que ir para ver lo que se ha progresado, estamos aun como nos dejaron Pizarro y Cortés.

LOS TIRANOS DE AMÉRICA

"EL BENEMERITO GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ, COMANDANTE DE LOS EJERCITOS DE LA NACION, PRESIDENTE ELECTO DE LA REPUBLICA Y JEFE DE LA REHABILITACION DE VENEZUELA

Reproducimos de un interesante opúsculo que ha visitado nuestra mesa de redacción las páginas que siguen, reanudando con ello la tarea informativa que habíamos comenzado en Panamá, sobre los despotismos gauchos que imperan aún en ciertos países de América y de los que apenas si tiene noticias más o menos vagas un reducido grupo de personas aquí en el país.

Los escritores que por unos u otros motivos apoyan al actual despotismo que pesa sobre el pueblo venezolano, se ven forzados, como el señor Vallenilla Lanz en su libro «Cesarismo Democrático», a sostener que el pueblo venezolano es un conglomerado social en su más primitiva fase de evolución, donde se necesita un cacique investido de todos los poderes civiles, militares y religiosos, como trató de ser Cipriano Castro, y como lo ha sido en realidad Juan Vicente Gómez, tipo de regresión más pronunciado que el «cabito».

Contra la teoría del «despotismo necesario» en Venezuela, está la evidencia de la vida nacional, que, a pesar de la sucesión de malos gobiernos, sucesión que ha culminado en el terror de las dictaduras de Castro y Gómez quienes han retenido el poder por la fuerza y la traición, a espaldas de la ley, caracterizando sus procedimientos gubernativos por laclandestinidad y la violencia y dirigiéndolos meramente al logro de su provecho propio y el de sus áulicos, a costa de la dignidad nacional y la sangre y el dolor de muchos millares de compatriotas, ha mantenido un nivel, tardío es verdad, pero siempre ascendente de cultura, produciendo, en la forma y cantidad que han permitido tan azarosas circunstancias, el aporte de ciencia y de arte en que consiste la vida de los pueblos civilizados. Debemos convenir en que somos un pueblo retrasado en el mundo, a causa de que nuestros gobernantes no se han ocupado nunca de la patria, sino de su propio medro, pero no podemos aceptar que nuestra situación justifique la tiranía perpetua.

Es muy interesante conocer la opinión que se han formado del régimen imperante en Venezuela, hombres como Eduardo Zamacois, Manuel Linares Rivas, José Juan Tablada, Luis Enrique Osorio, Carlos Pellicer Cámara, y lo que opinan sobre esa situación hombres como Nemesio Canales, Julio R. Barcos, José Vasconcelos, Eduardo Santos, y varios de los delegados hispano-americanos al Tercer Congreso Obrero Panamericano. Se advierte en los escritos de estos hombres de buena fe que han visitado a Venezuela, o se han ocupado de sus asuntos, una intensa simpatía por el pueblo venezolano, y una firme reprobación para el régimen tiránico que lo oprime. Si el pueblo venezolano mereciera el destino a que lo condenan los pseudo-sociólogos que disfrazan su interés particular con citas de Taine y de Gumplowics, seguramente no habría inspirado tales sentimientos a hombres de tan alta como diversa orientación mental y de nacionalidad extraña.

La autoridad de estos escritores servirá también para poner más al vivo la desvergüenza de otros escritores extranjeros que han alquilado sus plumas al último déspota del continente.

A tales fines tiende esta publicación prohijada por la «Sociedad Pro-Venezuela» sociedad hermana de las que en Nueva York, Cuba, Panamá, Costa Rica y Colombia están trabajando por el derrocamiento de la tiranía de Gómez y el implantamiento de un gobierno aceptable para un pueblo civilizado, en Venezuela. El pueblo venezolano recordará mañana con intensa gratitud a estos amigos de su libertad, entre los cuales me place mucho señalar a Manuel Carpio, el gallardo director de «El Heraldo de México», y presidente de nuestra agrupación en la tierra de Juárez y de Madero.

HUMBERTO TEJERA
Secretario de la sociedad Pro-Venezuela

Entrevista de Zamacois con Juan Vicente Gómez

(De «*La Lucha*», de La Habana).

El viajero que se dirije a Venezuela, recibe en todas partes el mismo consejo:

«Procure usted no decir nada molesto para Gómez, y si le sucediese algo desagradable, cállese; de lo contrario se expone usted a no salir más del país. Si el silencio «es oro», en Venezuela el silencio es «la libertad».

A lo largo del litoral colombiano, el apellido del «terrible presidente» proyecta una especie de sombra procelosa. ¡Son tantas las crueldades que se cuentan de él!... Ese malestar lo sentimos también a bordo, nos lo traen los ojos que nos observan, y se agrava en la isla de Curaçao, donde hay muchos venezolanos fugitivos, y en la cual por lo mismo, aseguran que el temido general mantiene un severísimo espionaje. El viajero que al pasar por Curaçao, hubiese saludado algún venezolano refugiado allí, puede estar cierto de que cuando horas después desembarque en Puerto Cabello o en La Guaira, las autoridades, avisadas ya, empezarán a mirarle como a «sospechoso».

Llegué a Caracas una tarde de Julio, y después de atravesar un paisaje tan bello como los más bellos de Suiza o de Asturias. Lloviznaba y el agua había desempolvado la calle y la fronda de los árboles, y desteñido el asfalto de las aceras. Caracas es una de las ciudades más lindas de América, y su clima tan delicioso como en sus alrededores perpetuamente verdes.

Desde un balcón del hotel ojeo la plaza a la que el frontis de la catedral da prestigio. Se oyen las notas, cada vez más próximas, de una corneta y luego un rumor de pasos. Son soldados. Su indumentaria y la disciplina de sus movimientos me sorprenden, el armamento es bueno. Son soldados bien vestidos, bien calzados, decorativos, ágiles, soldados «de Europa».

El caraqueño es afectuoso y llano, y en su corazón de consiguiente el sentimiento de la amistad camina de prisa. Hay, además, allí un grupo de espíritus interesantísimos tanto por su cultura como su personal simpatía, —Andrés Mata, verbigracia, Benavides Ponce, Vallenilla Lanz, Carlos Vilanueva, Acosta Delgado, Manrique Pacanins y otros muchos — junto a los cuales el forastero inmediatamente se halla bien y «como en su casa».

A todos ellos, reiteradas veces, les interrogué acerca del general Juan Vicente Gómez.

—¿Cómo es? ¿Se deja entrevistar fácilmente? Cuéntenme ustedes detalles de su vida y de su advenimiento al poder.

Pero nadie respondía a estas preguntas temerarias. Los más atrevidos, después de pronunciar el nombre del presidente, suspiraban y miraban al cielo como si el nombre aquel envolviese un maleficio.

Un día llegué a decirles:

—No me extraña lo bien que Caracas recibe a sus visitantes, que al cabo cada uno de nosotros es «un pretexto» para que la prensa local hable de algo que no sea de los «hechos y dichos» del presidente.

Poco a poco relacionando insinuaciones y frases recogidas aquí y allá, fuí conociendo el dolor de la vida venezolana. Allí donde el despotismo impera, la alegría de pensar no existe. El machete ha matado al espíritu. De los intelectuales que había en Venezuela unos están en las cárceles, otros en el destierro y sólo han podido salvarse los que tuvieron la fortuna de callar a tiempo. Desorientada, oprimida, acobardada por fantasmas del espionaje y la delación, sin libertad para asociarse, ni tribunales fuertes que la defiendan, la juventud, — aurora y porvenir de la patria, — languidece bajo las altas botas del señor presidente, cuyas espuelas se oyen en toda la república.

Con esto, mi deseo de conocer al antiguo lugarteniente de Cipriano Castro, llegó a ser tan agudo que se hizo obsesión. Acabé por decir a cuantas personas iba conociendo:

—¿Usted se atrevería a presentarme al general Gómez?

Todos contestaban afirmativamente, pero llegado el momento de puntualizar la fecha de la visita, las facilidades trocábanse en obstáculos y aplazamientos. Evidentemente los venezolanos no quieren presentar al señor «presidente», lo creen «impresentable» y le esconden «por patriotismo».

Al cabo, una mañana fuí llevado ante él...

* * *

Don Juan Vicente Gómez reside en Macaray; un pueblecito que él ha convertido en ciudad y se levanta a pocas leguas de la capital. La casa presidencial se halla frente a una plaza, magníficamente arbolada; centinelas armados, oficiales del ejército e individuos de la policía, custodian día y noche la puerta, ante la cual está rigurosamente prohibido transitar. Para pasar por allí, hay que cambiar de acera. Aquel trocito de calle es un «lugar sagrado» que nadie tiene derecho a ensuciar con sus pies.

¿Y para esto — y para abusos peores, — dió Simón Bolívar la libertad a América?...

El señor Gómez, que antes que militar fué campesino, me recibe en un establo, rodeado de sus vacas. También lo acompañan — pero en un justo «segundo término» — algunos generales y varios ministros.

El general Gómez representa la edad de su protector don Cipriano Castro: sesenta años. Es un hombre de corpulencia atlética, de mandíbula fuerte, de cuello atorado; un verdadero tipo de andino, astuto, imperioso y sensual. Dicen que tiene setenta y dos hijos... Viste rústicamente, calza unas botas que llegan arriba de las rodillas y ciñen unas piernas musculosas y ágiles de caballista. En sus ojos pequeños, de mirar sondeador y ladino, hay siempre una luz de ironía. Un denso bigotazo corta el semblante, bronceado y montaraz. El general camina a largas zancadas y balanceando el cuerpo. Cuando acciona lo hace cerrando los puños. Con su voz dominadora, sus ademanes resueltos, su occipital aplastado y ancho, y la inclinación de sus yugulares a hincharse de sangre, este hombre parece «una fuerza de la naturaleza».

La fortuna de don Juan Vicente Gómez, asciende a varios millones. Puede decirse que es propiedad suya «media Venezuela». Solamente en Macaray posee diecisiete mil cabezas de ganado vacuno, y más de trece mil vacas «de vientre». En sus hatos de La Cruz, Rubiera, La Candelaria, Santa Isabel, Santa Rosa, La Guanota, El Silvero y otros en el Llano, el número de cabezas de ganado bovino pasa de medio millón.

Los caballos y cerdos son incontables. Cosecha, además, cantidades fabulosas de algodón y de maíz, y son tantas las garzas blancas que hay en sus dominios, que la venta de sus plumas llegó a producirle, en un solo año, trescientos ocho mil bolívares.

El general Gómez va a Caracas muy poco; prefiere vivir en Macaray; aquel es «su centro»; para sentirse dichoso necesita respirar a todo pulmón, gozosamente, el olor agrio de los establos, oir el balar de las ovejas, el bramar de los toros, y ver cómo los cubos de sus queseras rebosan a diario de leche recién ordeñada...

Es evidente que el general prefiere los animales de sus haciendas, a los hombres. Es lógico: después de lo que hizo con Castro...

El señor presidente recorre sus posesiones dos veces al día; por la mañana temprano y por la tarde, y siempre acompañado de un grupo de prohombres.

—A «esta gente — me decía el general, — «quiero inculcarle el amor a la naturaleza, porque la tierra es la madre de todas las riquezas. La prosperidad de una nación nace de sus ganados, de sus campos y de sus minas».

El procedimiento que el general Gómez emplea para infiltrar en sus amigos el cariño a la naturaleza, es origen de incidentes muy cómicos. Gómez no se satisface con que el doctor Márquez Bustillos, por ejemplo, prorrumpa en frases admirativas ante la magnificencia de un toro zebú, quiere que el pobre doctor se aproxime al toro, que lo huela, que lo palpe y lo oiga... ¡que le dedique sus cinco sentidos!...

Una tarde el señor presidente penetró en un establo con todo su séquito y se detuvo extasiado ante una vaca. De sus labios salieron los elogios más férvidos.

—¡No hay en todo el departamento ubres mayores! — repetía; — no las hay! Toque usted doctor!...

El señor Márquez Bustillos, caminando con grandes precauciones sobre el estiércol, se había acercado bastante, dócil al imperativo presidencial, pero no se atrevía a palpar. El animal volvía la cabeza. De súbito comenzó a satisfacer una necesidad...

Impávido, Juan Vicente insistía:

—Es la mejor vaca que tengo. No conozco otra más lechera.

Los circunstantes no sabían qué hacer para no ensuciarse el calzado. Por su gusto se hubiesen ido, pero el miedo a disgustar al general los retenía allí. Algunos exageraron su celo al extremo de ver en el acto realizado por la vaca una falta de respeto. Fué un momento — bufo y triste, — de primer orden.

* * *

Al otro día, ya en Caracas, muchas personas me preguntaron:

—¿Y bien?... ¿qué le ha parecido a usted nuestro presidente?...

—El general Gómez — les dije, — me ha interesado extraordinariamente porque es rectilíneo y bravo, y posee el don dificilísimo de conocer a los hombres a la primera ojeada. Tiene la sencillez pasional de los instintivos, y por lo mismo lo creo capaz así de lo bueno como de lo peor. Gómez es un macho inteligente que pisa fuerte, que va con la cabeza bien alta, que es «amo de sí mismo», por eso me gusta... Los desagradables son los aduladores que lo rodean, y seguramente le aconsejan mal; todos esos pobres individuos que siguen al jefe, no por cariño sino por miedo, y que, a poder, le asesinarían a traición. Lo más curioso de esta farsa es que ellos creen engañar «al amo» y no es así. El presidente comprende que no debe fiarse de ninguno; les desprecia: el presidente sabe que en la espalda de cualquiera de ellos, cuando guste, puede limpiarse las botas...

. . . . . .

En Panamá, he conocido al coronel venezolano don Sebastián Alegrett, que peleó a las órdenes de Cipriano Castro. Con sus ojos de un verde muy claro, su cráneo rapado y su rostro seco, anguloso y amarillento, el coronel Alegrett parece una figura de marfil antiguo.

Me dice Alegrett que sus ideas políticas le impiden volver a su país, y que hay sesenta mil venezolanos en el caso de él.

—¿Usted desearía, — pregunté, — que Cipriano Castro recobrase el poder?

—¡No! — responde; — ni Castro ni Gómez. ¡Basta de generales barateros!... Es indispensable que un día Venezuela, como un solo hombre, se ponga de pie para limpiarse de tanto oprobio.

Hablamos después de las supuestas industrias fomentadas por el señor presidente y sale a colación la fábrica de papel de Macaray... ¡Curiosas ironías de la suerte!... El general Gómez, amo supremo de la prensa, funda una fábrica de papel, acaso para que los periodistas tengan siempre donde citarle y alabar su nombre, y sucede que, después de mil ensayos, la fábrica sólo acierta a producir papel de estraza.

Para tales prestigios, tal papel...

EDUARDO ZAMACOIS

CARTAS VIAJERAS

De cómo es el generalísimo de los ejércitos venezolanos, don Juan Vicente Gómez

En Venezuela, el pasado es Bolívar; el presente es el general Juan V. Gómez.

Todo está lleno del recuerdo de ambos hombres ilustres.

Uno fué el Libertador; el otro es el pacificador, el arreglador...

En España le llamaríamos el amo.

Y claro está que, tratándose de figura tan prestigiosa, no se puede venir a Venezuela sin desear tener el honor de saludarle y de conocerle personal-

mente, cosa muy fácil, porque es hombre llano y pronto a la acogida amable.

Lo malo para mí es que no reside en Caracas, sino en Macaray, seis horas de tren... por tren, y de cinco horas a noventa por automóvil. Este número se sabe que es únicamente al llegar a Macaray.

Como era de rigor, expuse mis deseos a nuestro Ministro de España en Venezuela, el señor marqués de Dos Fuentes, y quedamos de acuerdo para solicitar audiencia y hacer el viaje.

Pero sin acuerdo ninguno recibo a las siete y media de la mañana del miércoles 16 de Junio una amabilísima carta del señor ministro avisándome que a las nueve en punto pasaría en automóvil con un amigo para recogerme e ir juntos a saludar al general Gómez en su residencia de Macaray.

¡Encantado!

Vestirme a escape, presentaciones al señor Esclusa, que amablemente nos lleva al ministro y a mí... ¡y en marcha el motor!

El camino es maravilloso, atravesando montañas por una vereda bastante ancha. Aquí le llaman carretera... pero en Dios y en mi ánima juro que no lo es.

A mitad de viaje — y a mitad de sustos, pues siempre vamos al borde de precipicios y todas son vueltas y revueltas, — a mitad de viaje había un puente. Se ha hundido y tenemos que vadear el río, que hoy baja algo impetuoso porque estamos en época de lluvias y hace tres días que llueve como cuando enterraron a Zafra...

Nos moja el agua de abajo... pero como ya nos venía mojando el agua de arriba, se nivela la humedad... y despreciamos el incidente.

Un repecho, una gran plazoleta y una venta que recuerda un poco a la de Eritaña.

Allí se almuerza admirablemente, con un pan riquísimo y unos manteles muy limpios.

Frente a nosotros, un muchacho muy simpático, que viaja con una señora delgada y dos perras gordas — perras policías, de ejército, — almuerza también.

Estamos a cincuenta kilómetros, mitad de camino.

Se enciende un cigarro, ¡y al «auto»!

Una hora mal contada... ¡¡y paf, paf, paf paf!!...

Paraditos en lo alto de un monte.

Que si las bujías, que si el embrague, que del carburador...

Media hora y arrancamos.

Trescientos metros... ¡¡y paf, paf, paf!... Parados...

Nuevo examen, desesperación sonora del chauffeur, desesperación melancólica del dueño del auto y desesperación muda y risueña de nosotros.

Por fin, a la hora, otra vez en marcha. Pero cincuenta metros más allá... ¡para definitiva!...

Pasan unos montañeses, con sandalias, desnudos de pierna y unas capitas cortas azules y encarnadas, sumamente pintorescas...

Nos informan que la estación del ferrocarril se halla próxima y que pronto vendrá un tren de mercancías...

¡Y andando por el fangal, metiéndose en lodo hasta los tobillos!

En la estación comemos unos bombones que llevábamos, a dos por barba.

Una chiquilla de ocho o nueve años mira con ansia los dulces, envueltos en papel de seda.

Le doy un bombón, lo parte con los dientes... y apenas nota el goloso sabor, se le transforma la cara en una inmensa beatitud, y dice asombrada de tanta felicidad:

—¡Mamá, mamá!

Y le tiende la otra mitad a la madre.

La madre vacila un instante y se lo come al fin, sonriendo.

Evidentemente, los bombones son una gran cosa.

Y les doy el otro bombón.

Yo no comí ninguno. Pero me supieron a gloria los dos...

* * *

El tren a las ocho en Macaray.

¡¡Y allí nos dicen que el general Gómez se había marchado la víspera!!

Bueno. A dormir.

Y por la mañana a ver al secretario de la Comandancia para que constara nuestra visita personal.

¡¡El secretario se había marchado la víspera!!

Bueno, a ver al director de la jefatura para que éste nos hiciera el favor de transmitir el encargo.

¡¡El director se había marchado la víspera!!

Bueno. A ver a...

Y fuimos a ver a un portero de la sección de vigilancia, que era el único funcionario visible.

Los demás se marchan en cuanto se marcha el general.

Bueno.

—Señor portero... ¿quiere usted hacernos el favor de decir que ha estado aquí el señor Ministro de España?

—Con mucho gusto.

—¡¡Gracias!!...

Al tren.

Dos horas de marcha. Un topetazo que nos hace brincar bruscamente.

—¿Qué pasa?

—Nada. Un árbol caído que atraviesa la vía.

Bueno.

Cruzan por el vagón tres empleados que llevan unas hachas enormes, y que en menos de una hora dejan libre el camino.

En marcha. A las ocho de la noche en Caracas.

Cuarenta y dos horas de excursión y cuarenta y dos kilos de barro...

¡¡Y no sé cómo es el generalísimo de los ejércitos venezolanos, don Juan Vicente Gómez!!

MANUEL LINARES RIVAS

Política Educacional

Por JULIO R. BARCOS

UNA ENCUESTA QUE LEVANTA RONCHA

Polémica entre mujeres

Señora Julia Casal de Espeche.

Distinguida y querida amiga:

Como madre y como educadora, así como por cortesía a tan delicada atención de ustedes al consultarme, me creo múltiplemente obligada a dar mi opinión.

Mi sincera y tal vez altiva contestación se debe a convicciones hechas hace rato, cuando me entregué a luchar por los derechos de la mujer y del niño, en instituciones femeninas y de beneficencia como en conferencias y prensa donde he colaborado.

Por manera que a estos puntos habría contestado ayer como hoy.

Esto me descarga de la explicación que debiera hacer para demostrar que en el conflicto actual estudiantil no estoy con Juan ni con Pedro.

Las cuestiones personales a mi ver, confunden, enredan, obstaculizan, empequeñecen y detienen el progreso de ideales mejores.

Esta es una grande y profunda cuestión social que echa mano del generoso concurso de los jóvenes para disfrazar o disimular el verdadero asunto.

Un hijo mío está embarcado en él y ya ha caído bajo las garras policiales.

Me enorgullece que se queme en ideales de renovación antes que se pudra en el cálculo de conveniencias estomacales.

Sólo me lamentaría que sus actos no se mantuvieran a la altura de los ideales y descendiera a planos que mañana, al volver su cara a la vida pasada, tuviera que encendérsele de vergüenza.

Me enorgullece también conozca el calabozo y coma tumba patria, porque lo hace en aras de sus ideales.

Esperando no tome a mal el espíritu levantisco de mi opinión, la felicita por la idea de esta encuesta.

Con todo cariño la saluda,

Juanita Ukrainetz de Guerrero.

Abril 20 de 1921.

I.—¿Opina usted que la mujer argentina debe llevar su voto a las urnas electorales, o piensa que hoy sólo le corresponde influir sensatamente en las opiniones políticas del hermano, esposo e hijos?

Creo que la mujer argentina o extranjera, debe aspirar con vehemencia a la realización de todas las conquistas positivas que el hombre o mujer de éste o cualquier país haya ideado o realizado, bien sea del punto de vista de los valores personales como de los colectivos.

El hombre, varón o mujer, que así no lo entienda, creo que es un valor negativo para el progreso de la humanidad.

II.—¿Cree usted transitoria o que continuará la actual efervescencia estudiantil?

Creo que el gesto estudiantil es apenas la flor de un fruto que llegará.

El se debe por entero al sublime martirio de los que quemaron su alma en el ideal antes que podrirla en los apetitos materiales.

Y como el ideal es eterno, eterna será la aspiración y la mudanza.

Los que se detienen, se fosilizan y los fósiles son sólo dignos, si valen, de figurar en los museos de antigüedades, pero deben apartarse del camino para que no estorben a los que vienen, la marcha ascendente hacia la perfección humana.

III.—¿Qué medidas inmediatas podrían adoptar en conjunto los padres en pro «de sus hijos tranquilos y estudiosos»?

Ninguna.

Sólo deben consolarse con llorar la amarga realidad de haber gestado hijos neutros.

Juanita Ukrainetz de Guerrero.

Abril 20 de 1921.

ADVERTENCIA Y REPLICA

La C. D. ha cumplido con el deber ineludible de dar sitio a la contestación que antecede, a pesar de la sorpresa con que fué recibida; dando lugar a la siguiente:

CARTA ABIERTA

Señora Juana Ukrainetz de Guerrero,

Señora:

Me obliga usted, como madre, como argentina y también como presidenta de una Asociación, a responder a frases de su carta, adjuntándome respuestas para la Encuesta formulada por la Asociación de Señoritas «Pro Filantropía y Cultura» que presido, dado que, carta y respuestas se suceden y vienen ambas bajo un sobre dirigido a la «Señora Julia Casal de Espeche».

Me veo, pues, en la necesidad de dar carta y respuesta para esta «Página», y de responder a usted *también en esta Página.*

Así lo entiendo, y así lo cumplo.

En cuanto a repetirme su amiga, no puedo hacerlo ya, desde el instante que usted, sin ningún motivo me ha herido en lo más íntimo de mis sentimientos de madre al decir a mí como a todas las que no comulgamos con sus ideas, que «los padres de hijos tranquilos y estudiosos sólo deben consolarse con llorar la amarga realidad de haber gestado hijos neutros».

Como presidenta de la Asociación de señoritas, incluí a usted en la lista de señoras para remitirle circular de la Encuesta aludida, en el convencimiento de que su contestación (como todas las recibidas), se encuadraría en marco apropiado. Quien da opiniones, debe respetar las ajenas para que también se respeten las propias.

Puede continuar — mal o bien — no me incumbe, enorgulleciéndose de que su hijo de usted «se queme en ideales de renovación, que conozca el calabozo, que coma tumba patria», etc., etc., pero no tiene usted derecho de agregar: «antes que podrirse en el cálculo de conveniencias estomacales». Usted hiere por que sí, sin mirar dónde ni a quién; diciendo a todos los que no piensan como usted que por sueldos olvidan y rebajan su dignidad personal (quiero suponer que eso, poco más o menos quiso escribir usted), pero que en aquel instante olvidó que era «educadora», usando un verbo que de por sí huele mal.

Bien, señora; protesto con la franqueza que me caracteriza de las frases, más que fuertes, harto hirientes de su carta y de sus contestaciones a la «encuesta», y recordando que la llamé amiga, me esfuerzo por imaginar que se dejó usted llevar de un mal momento (quiero tras-

lucir así, volviendo a leer sus últimos renglones), estos: «Esperando no tome a mal el «espíritu levantisco de mi opinión, la felicito por la idea de *ésta* encuesta».

Y sí... también felicito yo a la Asociación por dicha encuesta, veo recién más claramente que ella ha sido bien oportuna. Debemos conocernos, como madres y como argentinas — sí es que usted lo es. — En esa creencia, se le pasó la circular, señora; pero ahora, ciertamente... no recuerdo muy bien... si me dijo usted que no nació en mi país.

Sabe usted ya, señora, que para mí su carta y sus frases son una revelación.

Manifestándole que esta es mi primera y será mi última respuesta, me despido de usted.

Julia Casal de Espeche.

Las firmantes, componentes de la Asociación de Señoritas «Pro Filantropía y Cultura», se adhieren con sus firmas y aplauden la actitud asumida por la presidenta.

Sarah Rosa Remaggi, Rakel Ferrando, María Elena Squirru, Rufina Burgos, Teresa Rosselli, María Laura Jauregui, Lucy Núñez Monasterio, Aida Giaccio, Beatriz Licitra, Esther Ferrando, María Sara Squirru, Lelia Giaccio, Blanca Lila Jauregui, Ada Ferrando, María E. Martínez Graells, Josefina Bustos, Angélica M. Graells, Rosa Núñez Monasterio, Sara Navajas Jauregui, Margarita Rivero y Hornos y Raquel Baró.

Como madres de las señoritas de la C. D. de la Asociación «Pro Filantropía y Cultura», aunamos nuestras firmas apoyando en un todo lo expresado en la carta abierta de la señora Julia Casal de Espeche y protestamos de que una *Maestra de Escuela Argentina* afirme, que «los padres de hijos tranquilos y estudiosos sólo deben consolarse con llorar la amarga realidad de haber gestado hijos neutros».

Margarita Viera de Squirru, Elvira N. de Remaggi, Antonia Z. de Jauregui, Corina J. de Navajas Britos, Rosa R. de Rosselli, Elena Graells de Martínez, Margarita Peralta de Burgos, Francisca L. de Bustos, Virginia B. de Licitra, Rosa V. B. de Núñez, María Ferrari de Giraldez.

DOS MADRES — DOS MORALES — DOS CULTURAS

Tengo ante mis ojos la «Página de la Asociación Pro Filantropía y Cultura» constituida en La Plata, por un grupo de «damas» de que es presidenta doña Julia Casal de Espeche.

En dicha hoja se publican las contestaciones a la «Encuesta» femenina organizada por dicha institución, figurando entre ellas la respuesta de Juanita Ukrainetz de Guerrero, que publicara «Cuasimodo» en su número de la tercera decena de Abril ppdo. y que creemos útil reproducir en este número.

Esta contestación, franca, leal, inteligente y valerosa de una mujer que interpreta su misión maternal, su función social de educadora y su gran rol espiritual de mujer impregnada por la civilización del siglo XX, ha tenido, naturalmente, lógicamente que levantar una tormenta de melindres y aspavientos entre las «señoritas» y las «damas» mencionadas, cuya deficiente cultura mental es casi la misma que poseían nuestras buenísimas, pero ignorantísimas bisabuelas del siglo XVII.

No es una diatriba lo que quiero ensayar contra ese grupo de señoras afiliadas para practicar lo que ellas entienden por «caridad» y por «cultura» humana.

Es un hecho demasiado precioso para el psicólogo de la educación el que ellas nos brindan, y no perderé la oportunidad de analizarlo a la luz pública para demostrar, no cuán estrecho y pequeño es el cerebro de ese grupo femenino (porque en realidad, ese es el nivel común de la cultura intelectual de nuestras bellas, gentiles, dóciles y resignadas mujeres argentinas), sino cuán criminal y bárbaro es todavía nuestro sistema de educación que tiene por objeto empapar al hombre en las ideas emancipadoras de la cultura occidental, y a las mujeres en las ideas asiáticas que perpetúan la inferioridad, obediencia, y servidumbre de su sexo poco más o menos, como en Turquía, como en la China, como en la vieja civilización del Oriente.

¡Ay, señoras; yo quisiera no haber salido nunca de esta sublime Quijotonia nuestra que se llama Argentina, Chile, Perú y toda la América Española (que en este sentido, es un solo bloque de barbarie) para ver lo que he visto en un mundo más serio que el nuestro, donde no se le escriben madrigales a las mujeres en el abanico, ni se las requiebra de piropos al tratarlas, ni se les alfombra de flores el camino al pasar por la calle, pero donde se las hace reinas de verdad ante la ley, ante la sociedad y ante las costumbres, abriéndoles todas las puertas de la libertad y todos los caminos de la oportunidad para educarse integralmente, tanto o más que el varón, para crearse su emancipación económica y no depender parasitariamente de nadie, que es lo que hace entre nosotros del marido un amo y de la esposa una esclava; para ser, en una palabra, la dueña exclusiva de su destino.

Allí no tropiezan ustedes con dos mundos, con dos derechos, con dos morales: un mundo con todos los incentivos de la vida para los machos y otro con todas las cadenas, cancerberos y prohibiciones para las hembras; un derecho masculino que comprende la parte ancha del embudo y un derecho femenino que convierte a la mujer en pupila del hombre, incapaz de gobernarse, de manejar sus bienes y ejercer la patria potestad sobre sus hijos, si no es por intermedio de su tutor.

Si alguien les contara a los rústicos *cow boys* del *Far West*, señoras mías, que nosotros los argentinos tenemos un código tan salvaje y criminal que autoriza al marido a asesinar a su mujer adúltera, se espantarían de nuestra barbarie. Y si supieran que nuestros Otelos latinos nos regalan hasta con dos o tres tragedias por día, apuñaleando o descargando las balas de sus revólveres sobre el cuerpo indefenso de una débil mujer, montarían en sus caballos y prepararían sus lazos, preguntando dónde están esos cobardes, para volar en sus cabalgaduras a colgarlos de las ramas de un árbol. Vale decir, señoras, que un bandolero de esos que nos pinta el cine, tiene un más alto concepto de la dignidad de vuestro sexo, que el más pulido de nuestros caballeros a la usanza española.

Sabéis vosotras, señoras argentinas, qué frutos ha producido al pueblo norteamericano la cultura intelectual y la libertad plena de sus mujeres?

Pues que ellas más que ellos, son las que representan el sentido idealista de la vida y las que humanizan la democracia del dolar a todas horas, no con vuestro inútil sistema de caridad que perpetúa a los pobres, sino con mil instituciones de alta filantropía social que tienden a la supresión de las fábricas de pobres; no la que cree descargar su conciencia con una limosna que humilla y no redime, sino la que no tiene reposo moral mientras no elimina el régimen de la iniquidad y crea en su lugar el sistema de la justicia.

Regresar de un país que hace tan grato, tan hospitalario, tan culto y tan atractivo la espiritualidad exquisita de las mujeres, a estos países donde las escondemos a las nuestras como los turcos, las educamos por separado de los varones, en una cultura misérrima que no va más allá de la escuela elemental, supliendo su ignorancia con las lecturas del libro de misa y los sermones del padre Gonzalo y barnizándolas luego, con un poco de brillante mundanismo, es como salir de un oasis de la civilización para internarse en un desierto triste y árido.

Nada hay más bello, señoras, sobre la tierra, para el hombre cultivado, que la mujer cultivada; pero nada más terrible que el divorcio espiritual de los sexos cuando ambos representan a Ariel y Calibán, dentro del hogar. Y nuestro hogar argentino está así constituido en el 99 por ciento de los casos. La prueba la tenéis en que aquí la inmensa mayoría de los hombres, es liberal o avanzada, y la casi unanimidad de las mujeres, forman un solo rebaño compacto y homogéneo de la Santa Madre Iglesia.

¡Qué tendrá esto que ver con el asunto de nuestra encuesta!... os preguntaréis. Sí, señoras; tiene una gran correlación. Vosotras que os creéis cristianas y excomulgáis a la que no profesa vuestras creencias, por «extranjera», que creéis que el patriotismo consiste en sacarse el sombrero frente a la bandera, como creéis que la religiosidad consiste en practicar los ritos del culto y no las grandes virtudes humanas de Jesucristo, sois el fruto genuino de nuestra lamentable escuela pública, reflejo fiel, a su vez, de nuestras semibárbaras costumbres sociales.

Os educaron en las creencias y las supercherías moribundas de una civilización monstruosa, que caminaba con sólo un pie, que se basaba en la educación del hombre y la ignorancia de la mujer, que tenía por objeto perpetuar una forma de convivencia social basada en la explotación del hombre por el hombre y en la tiranía de un sexo por el otro sexo.

Con este bagaje mental, sois fieles a vuestra conciencia y no es vuestra la culpa, sí, invocando a Cristo, levantáis la santa hoguera en la plaza pública para quemar a la hereje. Pero acordáos de la frase del divino Maestro: «No juzguéis si no queréis ser juzgado», porque, «con la vara que midas serás medido».

Pensad simplemente en que aquí sólo hay dos madres que encarnan dos moralidades, dos culturas diferentes e interpretan de opuesto modo el ministerio de su maternidad.

Vosotras representáis a la madre instintiva y egoísta que, como la gallina, quiere tener siempre bajo sus alas los polluelos para librarlos de todo peligro, sin percatarse que hacen a sus hijos un flaco servicio, porque los educan en las blandas faldas del maternalismo dulzón, en vez de hacerlo en la áspera escuela de la vida misma, que es donde aprenden los hombres el difícil oficio de ser hombres. Os lo dice un sabio pedagogo norteamericano: «The real life makes the real man».

En cambio vuestra contrincante es una madre idealista que encarna una moralidad superior a la vuestra, porque se empeña en educar su hijo para el bien de la comunidad. Vosotras representáis a Sancho y aquélla representa a Don Quijote. ¿Cuál es más útil a la sociedad, o si queréis a «la patria» que tanto ensalzáis?

De madres como vosotras proviene el 90 por ciento de los argentinos. Y todos sabemos qué masa ingente de pillos ilustrados o analfabetos se ha adueñado de la dirección política y espiritual del país. ¡Ahí tenéis el fruto de vuestro maternalismo sanchopancesco!

En cambio, buscad detrás de un Lincoln o un Sarmiento, un Jefferson o un Zola, o de cualquier otro hombre emprendedor, intrépido, idealista, a la santa mujer dotada de una gran alma que además de haberle dado la carne a su hijo, le ha forjado también el espíritu. La maternidad, señoras, es una cosa augusta y digna de la más santa reverencia, pero a condición de que sea completa, de que esté ennoblecida por la divina misericordia del amor a los demás. Hay madres y madres: las que al parir un hijo, sólo aumentan el censo, y las que al educar el suyo, acaso le regalan un nuevo mesías a la Humanidad.

Leed los párrafos evangelizadores del notable escritor y pedagogo de nuestra raza, nacido en El Salvador, Alberto Masferrer, y haced luego un acto de contricción para ver si vosotras y vuestros maridos cumplís realmente con la enorme responsabilidad de ser padres.

Finalmente, no limitéis vuestra filantropía a los seres que nacieron en vuestra tierra, transformándola en ciega y terrible *fobia* contra los que vienen de un mundo más civilizado que el nuestro.

La lista de vuestros apellidos está denunciando al inmigrante europeo en vuestros antecesores. ¿Por qué, pues, ese cartel de odio inconsciente titulado «extranjerismo»? ¡Si todo lo que tenemos, somos y representamos, de algún valor, señoras mías, es importado y no creado por nosotros; vale decir, es extranjero y no nativo! Nuestra América indiana era un cántaro vacío, porque era salvaje, hasta que la civilización europea la pobló de europeos y la ingertó, con su sangre, su civilización. Si lo que ha pasado aquí, señoras, es lo que en un símil gráfico nos describe el genial Alberdi en contra de vuestra superstición chauvinista. Cuando se vuelca un barril de agua clara en otro barril con agua turbia, el agua turbia resultará más clara, pero el agua clara resultará menos limpia. Eso ha pasado con las corrientes inmigratorias que trasplantaron aquí la civilización del viejo mundo. Nos civilizaron un poco, pero nosotros los barbarizamos a ellos al mismo tiempo, otro poco.

Por favor, no escupamos al cielo porque nos caerá en el rostro el salivazo. No mostremos nuestra suspicacia aldeana, diciendo en la Constitución Nacional que este suelo promisor «está abierto a todos los hombres del mundo que quieran habitarlo» y señalando después con el dedo al extranjero o la extranjera que nos traen las nuevas luces del ideal para que se les niegue miserablemente la sal y el agua.

Patriotismo por patriotismo, nos quedamos con el de Alberdi, civilizador y cosmopolita y no con el de la Liga Patriótica Argentina, puesta al servicio de la casta ladrona del país, contra la gran causa de los trabajadores del mundo, representando aquí el mismo papel que representaron las hordas vandálicas de Judenich y Wrangel, alquiladas por los aliados para atacar a la Rusia Sovietista.

Acordáos del apóstrofe de Alberdi a los chauvinistas de su época: «¡Si el argentino tiene ideas serviles y retrógradas, muera el argentino; si el extranjero trae ideas de libertad y de progreso, gloria al extranjero!» «El honor a las ideas, no a los individuos».

Señoras, no aticéis esta clase de odios, porque tendréis que llorar mañana lágrimas de sangre, cuando veáis que la hoguera de la guerra civil os arrebata a vuestro propio hijo para llevarlo al matadero en aras de esa deidad feroz que con el nombre de patria le inculcasteis desde niño.

O si persistís en que la misión de la mujer argentina es engordar carne de cañón para la patria, y no formar hombres libres para la Humanidad del porvenir, bien, perseverad en vuestra prédica. Pero hacedlo entonces con mayor franqueza. No disfracéis vuestra asociación con el nombre de «Pro Filantropía y Cultura» y llamadla por su verdadero apellido: «Brigada Femenina de la Liga Patriótica Argentina».

EL EVANGELIO PATERNAL DE ALBERTO MASFERRER

Son dignas de mencionarse las ideas sobre educación que profesa Masferrer. Para él tiene más importancia la función educadora del padre que la del pedagogo, y le atribuye mayor responsabilidad a éste que a aquél. «Tienes que hacer, hombre, una obra trascendental: la más seria, difícil e importante; fecunda en bienes o en males, digna de todo encomio o de vituperio indecible, según lo trabajes con yerro o con acierto. Bajo el sol, no hallarás para emplear tus fuerzas otra empresa de mayor responsabilidad, ni encontrarás que a nadie se le haya confiado una obra más significativa».

«Tienes que hacer a *tu hijo*. ¿Cómo lo harás? Esta es la cuestión suprema para tí y para los que te rodeamos.

«Tu hijo, precisamente tu hijo, puede ser para nosotros instrumento de condenación o de vida.

«No pasarán treinta años, y ya tendremos en él un redentor, un guía, un hombre bueno, útil, inofensivo al menos, o un tirano, un azote, un verdugo, un expoliador, un egoísta. No hay medio: será para nosotros un bien o un mal, una carga o un beneficio.

«Y de eso tuya será la gloria o la vergüenza.

«Nos interesa extremadamente que hagas bien a tu hijo; haz medianamente, si no puedes mejor, tu libro, tu estatua, tu cuadro, tu gobierno, tu hacienda. Sé mediano, si no puedes ser eminente, y sé vulgar si no puedes ser mediano. Te perdonaremos tu medianía y tu vulgaridad, puesto que al cabo, no podrás hacernos mucho daño, y pasarás con nosotros; más o menos te desvanecerás en la muerte al mismo tiempo que nosotros.

«Pero tu hijo vivirá junto con nuestros hijos, y a éstos no queremos tolerar que se les dañe: son lo más querido de nosotros, las flores de nuestra vida, y no debemos con-

sentir que por negligencia o estupidez quede con ellos un elemento de ruina y dolor.

«Forja bien a tu hijo; pon todas tus fuerzas; junta cuantos rayos de luz vagan dispersos en tu alma y empléalos en esa obra de vida o de muerte.

«Si quieres, no hagas ninguna otra cosa: si no puedes, vive obscuro, tranquilo, retirado, y exento de toda lucha. Te exoneramos de todo trabajo social o político y te concedemos la paz y la libertad a cambio de que nos dejes *un hombre*.

«Pero si nos dejas un malvado; si nos dejas un opresor, un mentiroso, un esbirro, un explotador, un verdugo, un loco, un enfermo, un degenerado, entonces no te absolveremos, y cualesquiera que sean tus méritos aparentes, declaramos que nos has defraudado y que tu paso por este mundo ha sido una desgracia.

«Te elevarán estatuas; el gobierno driá que has prestado grandes servicios y los diarios harán tu elogio descompasada y estruendosamente; pero ni el oro ni las condecoraciones, ni las alabanzas, harán que te absolvamos. Por encima de toda esa mentira y a través del bullicio oficial o social, surgirá la verdad, y diremos que tu hijo, *la continuación de ti mismo*, está demostrando la falsedad e inconsistencia de tus méritos».

Confieso que no me he encontrado en ningún otro escritor, ni siquiera en el mismo Tolstoy, con un evangelio de la paternidad más bello y sugestivo que el que dejo transcripto.

LA HUELGA GENERAL DE LOS MAESTROS DE SANTA FE

La opinión pública entera los acompaña

Bien le sienta el título de «La huelga santa» con que nuestro simpático colega «El Comunista» encabeza su crónica de este movimiento extraordinario del magisterio de aquella provincia.

Ante la sanción moral de la conciencia pública, los maestros tienen ya ganada su causa.

Los acompañan en esta hora de prueba en que los maestros van a dejar un precedente de honor en beneficio de su gremio que servirá de ejemplo y de norma de conducta a todos los educadores del país, los trabajadores federados, los estudiantes universitarios y secundarios, los escolares de las escuelas primarias y los padres de estos escolares. Hasta el conservadorazo diario «La Prensa» ha reconocido la justicia absoluta de esta huelga, aún cuando lamente el espíritu revolucionario que por fin ha arrebatado del reino de Babieca para restituirlos al de la lucha del proletariado del cual ellos son una célula viva, a dichos maestros. El mitin celebrado en la Plaza General López, del Rosario, el domingo 15 del corriente, resultó un acto realmente imponente, no sólo por lo enorme de la concurrencia, sino también por lo sugestivo de las delegaciones que participaron en él desde la tribuna.

Esta hermosa manifestación callejera se hizo con la participación de varias bandas de músicos, que ejecutaron La Marsellesa y el Himno Comunista.

En la plaza General López, donde se triplicó la concurrencia estudiantil, obrera, de maestros y padres de familia, hablaron el señor Martín Herrera, por la Federación Provincial de Maestros; Urbano Rodríguez, por la Unión del Magisterio; A. Argonz, por la Federación Universitaria; A. Herrero, por la Federación Obrera Local; señorita Argentina Arévalo, por sus compañeras maestras; Julio Forcat, por la Federación Obrera Provincial; E. Ferreyra, en nombre de los padres de familia de los estudiantes; J. Ferreyra, por los vendedores de diarios; C. Calderón, por los estudiantes del Colegio Nacional; J. Calcamuggi, por un grupo de adherentes, y A. J. Bravo, con lo cual finalizó el acto.

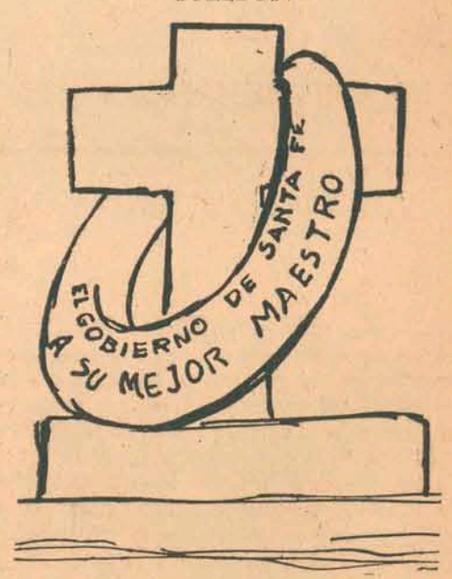
Con este gran acto público se dió por iniciada la huelga general del magisterio en toda la provincia.

El decreto del Poder Ejecutivo

El gobierno de la provincia, en vez de tener un gesto digno de aplauso reconociendo la razón absoluta que llevan de su parte los huelguistas y apresurándose a reparar por todos los medios a su alcance la iniquidad sin nombre que implica el atraso de los 16 meses de sueldos que adeuda la provincia a los obreros de la cultura pública, se ha dejado llevar por la inspiración maligna, al clausurar las escuelas y declarar en comisión al personal, para que se dirijan privadamente al Consejo de Educación los maestros que quieran solicitar su reincorporación. Es un sistema, por desgracia eficaz, para degradar por la traición, el arrepentimiento y la servidumbre a los pobres de espíritu que en ningún gremio abundan tanto como en el del magisterio. Bien, si, usted podrá darse el gusto, señor gobernador de ver que son muchas las Magdalenas llorosas que se arrastran arrepentidas a sus pies, pero no olvide que no hay un sólo hombre ni una sola mujer de pudor y altivez, dentro y fuera del gremio, en todo el país, que no lo acuse, en tanto, de mal gobernante y de peor ciudadano.

Este movimiento de los maestros de escuela, bien vale por cien años de cátedra teórica de moral cívica. Nunca la acción educativa del educador primario, penetró más hondo en todas las capas sociales, empezando por la masa obrera, pasando por el niño, y llegando hasta el seno del hogar como ha ocurrido en este caso. Hasta ayer, el *maestrito* o la *maestrita* de escuela, como los llama el burgués, no era para su alumno y para el padre del alumno, sino un empleadillo cualquiera, un *domine magister* del Estado, que hacía automáticamente, por mera rutina, cuanto se le ordenaba. Hoy es un servidor consciente y fervoroso de los ideales auténticos del pueblo, y sus relaciones espirituales con el niño y la familia, se han transformado, por fin, en una corriente tonificante de verdadera amistad y de noble cariño. Desde hoy en adelante, es que el maestro pasa a ejercer un apostolado real en la evolución cultural de la sociedad argentina, donde fué hasta ahora un burócrata y un instrumento del privilegio.

DESPUES DE 16 MESES DE ATRASO EN LOS SUELDOS:



EN UNA TUMBA

Aquí no yacen los restos
de un infeliz profesor,
porque antes de que muriera
él mismo se los comió.

Huelgas estudiantiles de solidaridad

No tenemos noticia de que una sola asociación de maestros del resto de la República haya enviado palabras de aliento o su adhesión moral a sus dignísimos colegas en huelga.

¡Oh, Sancho, nuestro buen abuelo Sancho; tú al menos, abandonaste un día casa, mujer e hijos, para seguir al andante caballero de La Mancha, desfacedor de entuertos y agravios...!

Pero éstos tus nietos, los encargados de «¡formar el alma de la juventud argentina!» (¡Bendita humanidad de fariseos, la que le obsequiáis a vuestra patria!) no tienen ya ni una sola fibra de vuestro humano idealismo: se les ha bajado el cerebro y el corazón al estómago; con el estómago sienten, piensan, obran; y si no, miradlos cómo cada vez que ponen los ojos en blanco y hablan del sentimiento de la patria, de la moral y del orden, del honor y la conciencia, automáticamente se están llevando la mano a la barriga.

¡Qué forjadores de almas, les ha tocado a vuestros hijos, ¡oh, madres y padres que soñasteis tallarlas como el diamante para la bondad, el altruismo, la belleza y la justicia!

Pero si los maestros no han hecho nada por sus colegas, sus alumnos se han encargado, en cambio, de dar una lección de moral práctica a sus presuntos educadores. Aquí en la Argentina ya se ha puesto en claro que los que salvarán la enseñanza del país, sacudiendo el polvo secular de la rutina, el dogmatismo oficial y el autoritarismo prusiano que no la diferencian aún, gran cosa, del cuartel y el convento, no serán los profesores, sino los discípulos. A los maestros reaccionarios hay que oponerles discípulos revolucionarios. Es la única manera de impulsar la escuela pública al porvenir.

Los estudiantes rosarinos, santafecinos y cordobeses, no han esperado que nadie los invite, para ser los primeros en correr del lado de la causa justísima y nobilísima de esta huelga.

El día que la estudiantina se haya puesto de acuerdo en todos los pueblos de la República para iniciar el gran diluvio pedagógico con que soñaba Ellen Key, en su inmenso amor por los niños, que no deje piedra sobre piedra de nuestros sistemas criminales de educación, se habrá hecho más por la libertad y la felicidad del pueblo argentino que lo que se hiciera en la famosa Revolución de Mayo de 1810 por la independencia de estos países nuestros, que, como todos saben en secreto, en verdad, nunca fueron libres ni independientes.

¿También las normalistas?

Benditas muchachas que ya empezáis a atreveros a actuar como agentes vivos, como unidades aritméticas y no como ceros destinados a no valer nada por sí mismo, sino a valorizar a otras unidades, casi siempre negativas, con vuestra incondicional obediencia.

En el mundo hay dos morales en pugna: la moral inmoral del fariseo, que consiste en no hacer el mal ni en practicar tampoco el bien para no irritar al Diablo y estar bien con Dios; y la moral altruista y dinámica de la gente de bien, que se convierte en soldado de la verdad y la justicia, es decir, que combate el mal y practica el bien sumándose al ejército inmenso de los benefactores del género humano.

Si vosotras hubiéseis optado por la moral farisaica frente a la inicua expulsión de una de vuestras compañeras, por el dispéptico y autocrático director de la Escuela Normal Número 2 del Rosario, os habríais encogido egoístamente de hombros exclamando: «¡eso no reza conmigo!» Pero habló en vuestra conciencia el sentimiento de la justicia, el deber de la solidaridad, y os lanzasteis a la huelga hasta tanto no se ponga al frente de vuestra escuela, un educador moderno, en vez de un guardia civil como ese señor Peralta.

¡Adelante, alumnas maestras! Vosotras no queréis que os domestiquen porque tampoco domesticaréis nunca a vuestros futuros alumnos!

Vuestra lucha es santa. Ojalá en ninguna de las setenta y dos escuelas normales del país quedara el rastro de un tirano disfrazado de pedagogo. Porque, con excepción de cuatro o cinco, yo creo que todas tienen, por desgracia, un señor Peralta o una señora Peralta al frente. Y hay que hacer una gran obra de salud pública en todas esas malas fábricas de maestros.

TRADUCCIONES Y REPRODUCCIONES

DE COMO EL CAPITALISMO REDUCE LA PRODUCCION

Por Alfred Baker Lewis

(De «*The Call Magazine*»).

Muchas personas admiten de muy buen grado las groseras injusticias en la distribución de la riqueza que resultan del capitalismo, pero afirman que el comunismo sería tan deficiente en la producción, que aún en el caso de que distribuyera más equitativamente lo producido, todo el mundo estaría mucho peor que ahora, ya que habría tan poco por distribuir. El comunismo replica que es el capitalismo lo que restringe más seriamente la producción.

El capitalismo aminora la cantidad de producción que sería posible bajo el comunismo, en una gran variedad de formas. Para empezar: la existencia de las rentas de la propiedad hace posible para mucha gente — un gran número en términos absolutos, aunque relativamente una pequeña parte de la población — el vivir, si así lo desean, sin trabajar en nada, aún cuando estén perfectamente capacitados para el trabajo. De este modo les priva de todo incentivo para trabajar, y la sociedad pierde una gran parte — si no el total — de su esfuerzo productor. Esta es, una pérdida grave, pues la mayor parte de estos hombres han recibido instrucción y están bien preparados para puestos de responsabilidad en la industria, con sólo que el efecto enervante de una renta considerable, adquirida sin la necesidad de trabajar para ganarla, pudiera hacerse desaparecer.

La desigualdad de oportunidades que existe bajo

el capitalismo hace difícil, y en muchos casos imposible, para los niños de padres pobres, el obtener una educación técnica avanzada que los capacite para puestos técnicos y administrativos en la industria. Esto significa que los jóvenes de ambos sexos con capacidad bastante para desempeñar posiciones de muy alta importancia, nunca llegan a tener la oportunidad de adquirir la necesaria educación. Muchos con todas las aptitudes innatas necesarias para hacer descubrimientos o inventos en el reino de la ciencia pura o aplicada, si hubieran recibido la instrucción debida en Física, Química, Biología, etc., no pueden, por razón de la pobreza de sus padres, ni siquiera obtener una buena educación de colegio. No es aventurada la predicción de que el establecimiento de una verdadera igualdad de oportunidades en la sociedad de hoy, daría pronto por resultado un gran aceleramiento en la marcha de la ciencia pura y aplicada en todos sus ramos, con el correlativo avance de la técnica y eficiencia de la industria y la agricultura.

Por otra parte, la actual desigualdad de oportunidades hace posible que los amigos y parientes de personas ricas que son directores o grandes accionistas de tal o cual empresa, adquieran puestos dirigentes en la misma sin tenerse en cuenta para nada su capacidad real, y aún cuando sean menos aptos que otros que están a la mano. Esto también merma, por supuesto, la eficiencia del negocio. Todo ello considerado, ¿se podrá negar que la desigualdad de oportunidades ejerce una influencia decisiva en el decrecimiento de la producción?

La ostentación del rico

El hecho de que la sociedad bajo el capitalismo contiene una clase extraordinariamente rica, tan rica que se encuentra en dificultades para hallar modos de gastar su dinero, desvía la fuerza productora de la comunidad de la producción de cosas útiles. A fin de exhibir su riqueza y probar a sus semejantes que son superiores a ellos en este respecto, — que suelen considerar como el de más importancia, — los ricos se complacen en una gran ostentación de gastos extraordinarios. Esta ostentación consiste en un derroche extravagante de lujos más o menos inútiles, ya que es mediante la exhibición del gasto de las rentas en lujos inútiles que la opulencia del gastador puede anunciarse mejor para que los simples mortales se asombren y les envidien. Por supuesto, mientras más inútiles sean las cosas en que se invierten las rentas, mejor para el efecto buscado, ya que, si la cosa fuera realmente útil, podría pensarse que su utilidad fué lo que indujo a su compra.

De aquí que haya una clase muy grande de artículos extraordinariamente costosos, tales como las ediciones de lujo de libros, creaciones de trajes y sombreros sumamente costosas, joyería y mueblaje caros, automóviles y yates de gran fuerza y costo fabuloso, y curiosidades y antiguallas, como abanicos o encajes viejos, por los que la gente rica dan su dinero, no porque estas cosas en sí mismas satisfagan ninguna necesidad humana, sino porque ellas prueban la alta posición social y económica, la «distinción» de sus poseedores. (Las tiendas de lujo anuncian siempre sus mercancías como «algo muy distinguido»).

Como los trajes caros pueden ser fácilmente copiados en materiales mucho más baratos, las directoras de la moda, para poder vestirse en un estilo diferente al de sus camareras o criadas y preservar así su «distinción», se ven forzadas a mantener un rápido e incesante cambio de modas, pues de otro modo hasta las mujeres relativamente pobres podrían vestir a la última moda. Y aunque el desarrollo de una distinguida personalidad e individualidad es altamente deseable, seguramente que es una clase de personalidad de muy ínfimo valor la que tiene que expresar su distinción sólo mediante la posesión de artículos materiales muy costosos. Todo el tiempo y energía consumidos en la producción y en el consumo de estas cosas inútiles es, por consiguiente, un derroche estúpido desde el punto de vista de la comunidad.

La desigualdad, en cuanto a la riqueza y poder del patrono y el empleado, da lugar a un conflicto de clases entre ellos que frecuentemente toma la forma de huelgas y *lock-outs*. Todo esto, por supuesto, constituye un serio estorbo a la producción y reduce el total rendimiento anual de una manera considerable.

No hay incentivos bajo el capitalismo

Todavía de más serios resultados, en cuanto a la merma de producción, que las huelgas y *lock-outs* es la natural falta de interés, por parte de los obreros, en su trabajo, debido al hecho de que ellos no ejercen un control real sobre su propia faena y ni control ni interés de ninguna clase en lo que producen. Actualmente ellos suelen trabajar justamente lo preciso — y sólo lo preciso — para no ser despedidos. Ellos saben que si aceleran la producción, el efecto principal será, no que la comunidad gane, sino que gane el principal, porque podrá así tener rendimientos algo mayores que aquellos competidores suyos cuyos hombres no se afanaron lo mismo. Si el principal es un monopolio que controla la producción a la inversa de lo que hace una industria competidora, el efecto sería el hacer posible el grado deseado de rendimiento con menos hombres, y así algunos de los trabajadores serían despedidos. Podría pensarse que si el incremento de la producción fuese general y simultáneo en toda la industria, y tuviese lugar en negocios de competencia en vez de monopolio, el efecto sería, el de beneficiar la comunidad. Pero ni siquiera entonces la comunidad ganaría, pues los principales se encontrarían pronto con una cantidad mayor de productos en sus manos que los que podrían vender con ventaja, y pronto comenzarían a disminuir su producción, y, o bien despedirían a algunos de sus obreros, o empezarían a marcarles menos horas de trabajo. Como los trabajadores, aún cuando no sean conscientes, no desean sufrir esta suerte, o ver a sus compañeros perjudicados de ese modo, y como la experiencia les ha enseñado que ese es el único efcto del incremento de la producción, es claro que ellos nada habrán de poner de su parte para rendir más faena, y todo esfuerzo que se haga para inducirles a ello, tiene que resultar infructuoso. Sólo el comunismo, que ha de abolir el sistema capitalista y darles a los obreros el control de la industria, interesándoles así en la mayor producción, puede librarse de esta clase de daño a la riqueza pública.

La competencia es ruinosa

La competencia es también un derroche terrible desde el punto de vista de la producción. Esto ha dejado de ser mera teoría; es un hecho reconocido como tal hasta por los mismos gobiernos capitalistas. Durante la guerra, siempre que se consideró esencial una grande y efectiva producción, el sistema de competencia capitalista se vino sencillamente al suelo y el gobierno tuvo que intervenir, no tanto para manejar la producción, como para establecer un control suficiente que evitase los peores daños de la competencia. Muy a menudo el gobierno fracasó en sus planes, generalmente porque tenía miedo de ir suficientemente lejos debido a su ternura para con los intereses capitalistas, o porque las grandes corporaciones que obtenían contratas del gobierno instalaban a sus propios accionistas y directores en los puestos principales en calidad de oficiales del gobierno, para representar a éste en la ejecución de los contratos, y así, comiendo a dos carrillos, hacían enormes ganancias con destino a sus bolsillos particulares. El punto importante, sin embargo, es que muchas personas que son grandes enemigos del comunismo reconocieron en seguida que la competencia no actuaría eficientemente; y, no en obediencia a ninguna teoría, sino por las necesidades mismas de la situación, se vieron forzados a tratar de substituir en muchos ramos el control privado por el control colectivo para eliminar de este modo las malas consecuencias de la competencia.

No debemos perder de vista que todo el designio de los negocios bajo el capitalismo, no es el de producir una cantidad de artículos tan grande como sea posible a fin de satisfacer el mayor número posible de necesidades humanas, sino simplemente el hacer ganancias para la clase capitalista. Al tratar de hacer ganancias en competencia, la clase capitalista se ve forzada a prestar mayor atención a la forma de hacer ventas ventajosas que a la forma de aumentar la producción. En consecuencia, gasta un enorme caudal de energía y de dinero en inducir a los consumidores o compradores a adquirir tal o cual producto con preferencia al fabricado o vendido por algún rival. Hay sumas gigantescas de dinero, energía y tiempo invertidas en campañas de avisos y en mantener en pie una legión de agentes viajeros para persuadirnos de que debemos comprar tabaco marca «Lucky Strike», o «Bull Durham» o «Cut Plug», o «Fatimas», en lugar de alguna otra marca, o de que compremos tal clase de conservas con preferencia a tales otras, o de que vayamos a surtirnos a esta tienda y no a aquella, etc. En algunos artículos, los gastos de venta exceden con mucho a los gastos de fabricación. Todo ello, desde el punto de vista de la comunidad, es puro derroche.

Casi todos los artículos costosos son servidos con diferencias, relativamente inútiles, y nada importantes pero ostentosas y costosas, respecto de otros artículos de la misma clase producidos por alguna otra firma. Todo con el único fin de facilitarle al agente vendedor la tarea de persuadirnos a comprar los productos de una compañía, más bien que los de otra algo más baratos.

Pero ilustremos concretamente los derroches del sistema de ventas en competencia. Supongamos que se averigua que un hombre está fabricando una gran casa y que desea instalar en ella una planta de calefacción. Probablemente recibirá la visita de los representantes de varias empresas, cada uno de ellos armado de catálogos lujosamente ilustrados e impresos, que tratarán de convencerle de que su tipo de aparato es el mejor. Ninguno de ellos le dará a nuestro hombre una verdadera, leal e imparcial información acerca de cuál es la mejor planta calentadora para el objeto deseado, sino que, al contrario, cada cual procurará diligentemente esconder los puntos flacos de los aparatos de su firma respectiva. Por supuesto, todos menos uno de estos agentes saldrán desairados, pero sus sueldos y gastos son añadidos al costo de aquellas instalaciones que su firma logra hacer. Después de todas sus visitas, el comprador todavía no tiene una exacta, honrada, enteramente sana información al respecto. Evidente es, pues, que aquí también hallamos un derroche estupendo.

El efecto total de todo este sistema de anuncios y propaganda de ventas en competencia es el de aumentar de una manera inevitable la labor y el costo en dinero de cada uno de los artículos anunciados y vendidos en competencia, pues el costo de avisos y de agentes tiene que ser cubierto, como otro gasto cualquiera, por el precio pagado por el artículo. Para la sociedad en general no hace diferencia alguna el que un comprador determinado adquiera lo que desea de una casa o de otra casa su competidora, y el único efecto de la propaganda y de los anuncios es el de persuadir a alguien que compre en una casa

LA CARICATURA MUNDIAL

Así es cómo Polonia mira a la Silesia (De «*Dziennik Zwiazkowy*», Chicago).

más bien que en la otra. Si todas las casas anunciaran sus artículos igualmente, no habría ningún cambio efectivo en sus posiciones respectivas: sólo un derroche. Si hubiese un cambio efectivo en forma de una corriente de compradores saliendo de una casa y yéndose a otra, el efecto sería un beneficio para la casa que ha hecho más vigorosa campaña de anuncios y no para la que ha producido mayor cantidad de buenos artículos. Esto añade al derroche un nuevo daño.

La mayor parte del tiempo que se emplea en regatear sobre la venta de algo, es una pérdida. Si el comprador o vendedor es más astuto que la otra parte, podrá conseguir más por su astucia que lo que hubiera podido esperar normalmente, pero con el detrimento correspondiente para el otro. Sea quien quiera el que gane en el negocio, no hay, por consiguiente, ganancia alguna para la comunidad, sino más bien una pérdida, por razón de que el tiempo del especulador ha sido usurpado al esfuerzo útil y productivo. Todas las formas de especulación, todas las operaciones de bolsa, son una pérdida considerable para la sociedad, por las mismas razones. No solamente es el tiempo y energía de los corredores y especuladores lo que se ha perdido, sino que el tiempo y la energía de sus empleados, secretarios y estenógrafos se ha perdido también, con más el de sus carteros y mensajeros que conducen su voluminosa correspondencia; el de los obreros, que hicieron y que transportaron los equipos de sus oficinas, y así sucesivamente. Todas estas personas hubieran podido ser utilizados por la comunidad en la producción de algo que significase positivamente una adición de riqueza y bienestar social.

El mecanismo que usa el capitalismo para mantener los precios en un incesante subir y bajar, respondiendo a la competencia en el comprar y vender, resulta en detrimento de la producción. El agricultor puede ver que el precio de su producto está alto, pero ese es un estímulo muy pequeño para una mayor producción, pues él sabe por amarga experiencia que el precio puede haber bajado en el momento en que su producto esté listo para el mercado. De igual modo, el fabricante que, tentado por un buen precio para sus productos, pide grandes cantidades de combustible y de materia prima y hace innovaciones en su maquinaria, es más probable que encuentre que los precios han bajado cuando su producto esté listo, experimentando una pérdida considerable en la operación.

Todo el mecanismo capitalista mediante el cual los precios se mantienen en un continuo flujo y reflujo, constituye una pérdida para la comunidad, ya que las fluctuaciones en precios que causa son perniciosas a la producción por convertir todo esfuerzo tendiente a producir más en uno mero juego de azar para el productor.

El mero conocimiento de que la producción se lleva a cabo exclusivamente para el beneficio privado y no para el servicio público y que el vendedor se beneficiará, en proporción a la falta de escrúpulos con que engatuse al comprador, hace a éste siempre extremadamente receloso de toda manifestación del vendedor acerca del artículo vendido. Esto es especialmente cierto, porque los derechos del vendedor a dar una idea falsa de su producto, mediante la omisión de todo lo desfavorable al mismo, han sido reconocidos por la jurisprudencia en la máxima legal bien conocida de «caveat emptor» o, «que el comprador esté alerta». Por temor de que condenemos a los abogados demasiado a la ligera por mantener este principio inmoral, nos apresuramos a consignar que si se estableciera cualquier otro principio, la mayor parte de los gerentes comerciales y muchos de sus empleados estarían en la cárcel.

El comprador, por su puesto, está completamente justificado por la experiencia al mantenerse en actitud de recelo frente a toda proposición de negocios muy halagadora, por suponer que oculta alguna suerte de fraude o superchería. Pues en todos los negocios existe un caudal tremendo de adulteración de productos y de descarada falta de honradez. Cada vez que la presión de la competencia es demasiado fuerte para permitirles a los competidores el subir los precios a voluntad, acuden a la adulteración, o, más generalmente, a un incremento de la adulteración que ya llevan sus productos, para aumentar sus ganancias. La competencia pone así un premio en favor de la superchería, y se necesita una cantidad muy grande de tiempo y energía, que deberá serle sustraída a la labor productiva, para ponerse en guardia contra esto, ya que el comprador no se atreve a confiar en las palabras del vendedor, sino que debe investigar toda proposición que se le haga tan detenidamente como le sea posible.

Tan poco usual es el que una firma mantenga constantemente un *standard* de calidad de productos, que, cuando sucede así, la tal firma adquiere un valor más en aumento de su capital, valor que se conoce con el nombre de «good will» (crédito o reputación de la casa). El «good will» es sencillamente una capitalización del aumento en los negocios que algunas veces favorece a determinada casa o corporación cuando, durante un largo tiempo, ha puesto en práctica la más común, la más vulgar forma de honradez en sus tratos mercantiles.

Si esta honradez fuera verdaderamente general y estuviese puesta en práctica por una mayoría de empresas comerciales o industriales, ninguna empresa podría aumentar sus negocios por razón de su honradez. De consiguiente, el hecho de que sea posible aumentar los negocios mediante la práctica de una porción moderada de honradez corriente por un período considerable de tiempo, demuestra sencillamente cuan rara cualidad ha hecho de la honradez el sistema de la competencia en el mundo de los negocios.

El Comité Pro-Afianzamiento de la REFORMA EDUCACIONAL

(SECCIONALES DE BUENOS AIRES Y LA PLATA)

En presencia del conflicto suscitado en el Colegio Nacional de La Plata, hacen pública la siguiente

DECLARACION DE PROPÓSITOS:

1.° Combatir toda manifestación del organismo educacional que tienda a perpetuar contra el espíritu de la época, el carácter de instituciones de gobierno oligárquico y de clase que hoy predomina en la escuela argentina.

2.° Luchar para que la educación cumpla su verdadera finalidad ética que no es otra que la libertad del hombre, y no sea una sistemática domesticación de los espíritus para plegarlos a los intereses de los dogmas imperantes.

3.° Afirmar como principio básico de toda Reforma efectiva que el gobierno de las casas de estudio debe pasar totalmente a manos de los hombres jóvenes que se sientan servidores del espíritu libre y que, sin estar trabados en su acción por intereses creados y bastardos compromisos políticos, se consagren a la obra cultural que nuestro pueblo reclama...

Al enunciar estos propósitos exhortamos a los:

Estudiantes, Maestros y Obreros

a reforzar las filas de las fuerzas nuevas.

SECRETARIAS

Seccional La Plata, Calle 51 núm. 839 — Teléfono 2250.
Buenos Aires, Corrientes 2038 — Tlef. 1707 Libertad. (Local provisorio).

Todos los hombres libres que se sientan solidarios con esta campaña de renovación educacional quedan invitados a inscribirse en el registro de adherentes de esta entidad.

Organización

Cada comité está constituído por las siguientes entidades:
Consejo Central.
Junta Local.
Sub-Comités.
Cuerpo de Adherentes.

Consejo Central

Entidad encargada de centralizar e impulsar la acción en la localidad y de estar en contacto directo con el Consejo Nacional. Lo compone un grupo reducido de personas que han iniciado la lucha en la localidad y reclutadas preferentemente entre profesores, maestros y estudiantes de cualquier categoría de la localidad.

Junta Local

Será formada por dos miembros de cada colectividad estudiantil o del magisterio que exista en la localidad. La integra el Consejo Central. Y deberá reunirse en pleno por lo menos dos veces por semana para que los representantes informen sobre lo acontecido en sus respectivos institutos y se cambien ideas sobre la marcha general de la campaña, acordándose los planes de acción parcial que sean del caso. Dirigirá el cambio de ideas cualquiera de los Secretarios presente.

Sub - Comités de Acción

En cada instituto educacional de la localidad, (escuela, colegio o facultad), se formará un Sub Comité de Acción, encargado de extender la acción de la junta local, difundir los propósitos del comité e intervenir en los conflictos siguiendo la táctica que más convenga a los fines de aquéllos.

Cuerpo de Adherentes

La fuerza viva de los Comités Seccionales, la constituye el Cuerpo de Adherentes. Lo forman las personas que estando de acuerdo con los *propósitos* de la institución se inscriban en el registro respectivo y contribuyan con la ayuda económica que se establezca por quien corresponda.

Conforme las circunstancias lo permitan la Seccional de La Plata convocará el Consejo Nacional para acordar la constitución de los Comités Seccionales pro afianzamiento de la Reforma Educacional.

SECCION LA PLATA

Lea **"LA REFORMA"** *órgano del Comité*

EL TRABAJO

DIARIO DE LA MAÑANA

Aparecerá en breve en BUENOS AIRES

PROPOSITOS

EL TRABAJO será un defensor incondicional y valiente de la unidad proletaria.

La unidad de los trabajadores será prestigiada sobre base antiestatales y apolíticas.

Prestigiará el criterio de que tanto los sindicatos adheridos a la F. O. R. A. Comunista, a la F. O. R. A. del XI y los Autónomos, deben acatar la soberanía del Congreso de Unidad.

El diario prestigiará la revolución rusa, defendiéndola de los ataques y calumnias burguesas, reformistas y las de los doctrinarios cristalizados.

Desde sus columnas el diario hará escuela de sindicalismo, entendiendo que en el país está detractado por unos y hecho una amalgama informe por otros.

El diario no admitirá en sus columnas, bajo ningún concepto, polémicas personales, chismes ni nada que menoscabe los altos intereses proletarios.

Aconsejará a los sindicatos la adopción, en sus luchas y hasta en su funcionamiento administrativo, de los métodos y medios más modernos y progresistas.

Combatirá despiadadamente la falta de disciplina y cohesión en las batallas del proletariado.

Unificación Proletaria

Actualidades

Sindicalismo

PROBLEMAS AGRARIOS

Profesorado y Estudiantes

COMUNISMO

LEALO & & SUSCRIBASE